



HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 206
Septiembre 2020



Con Ella nació la Iglesia

Oración a la Virgen de los Dolores

Ohi Madre mía Inmaculada, para que me ayudases a guardar el corazón unido por Jesús a la Santísima Trinidad, la palabra de tu Hijo en el Calvario me hizo hijo tuyo.

Quiero que todas las invocaciones que he de dirigirte, cada día más frecuentemente, sirvan para la guarda de mi corazón, a fin de purificar sus tendencias, intenciones, afectos y deseos.

No quiero cerrar los oídos a tu dulce voz, que me dice: «Detente, hijo mío, y rectifica tu corazón». No es verdad, no, que en este momento buscas exclusivamente la gloria de Dios. ¡Cuántas veces, en mis disipaciones u ocupaciones desordenadas me has dirigido esta maternal invitación! ¡Y cuántas veces, ay, la he despreciado!

Madre mía, desde hoy, escucharé esa llamada de tu Corazón y te demostraré mi fidelidad parándome en seco, con energía, en mis malos caminos. Un solo instante me bastará para formularme una de estas preguntas: ¿Para quién realizo la acción presente? ¿Có-



Nuestra Señora de los Dolores, Colección particular

Sebastián Calavid

mo obraría Jesús si se encontrase en mi lugar? Estas preguntas, cuando se hacen habitualmente, constituyen la guarda del corazón. Así, podré tener mis facultades con sus tendencias, aun en los menores detalles, en una dependencia habitual, cada día más perfecta, con relación a Dios, que vive en mí.

CHAUTARD, Dom Jean-Baptiste Gustave.

«El alma de todo apostolado».

Parte V, c. 4. Sevilla: Apostolado Mariano, 1984, pp. 271-272.



HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XVIII, nº 206, Septiembre 2020

Director Responsable:
Gabriel Eduardo Escobar Ramírez

Consejo de Redacción:
Hno. Guy de Ridder, EP,
Hna. Juliane Campos, EP,
Severiano Antonio de Oliveira

Administración: CABALLEROS DE LA VIRGEN

Urbanización Campo Alegre
Calle Golondrinas E18-98 y Huirachuro – Quito
Telefaxs: (02) 2258840 – (02) 2442585
(02) 6003856 – (02) 6003857
Celular y WhatsApp: +593 98 517 4781 (C)
+593 99 857 1370 (M)

www.heraldos.ec
www.caballerosdelavirgen.org.ec
caballeros@caballerosdelavirgen.org.ec

Chile:

Santiago: Vespucio Sur 250, Las Condes
Tel. (56 2) 2706 4000 / Fax 2481 0502
heraldos@heraldosdelevangelio.cl
+56 9 7335 5966

México:

Calle Santiago # 262 - K
San Jerónimo Lídice - Alc. Magdalena Contreras
C.P. 10200 - Ciudad de México
Tel. 55-2591 9161 - heraldos@heraldos.org.mx

Uruguay:

Montevideo: Iturbide 1920
Tel. (598 2) 2320 0712
fatimauy@adinet.com.uy

Montaje:

Equipo de artes gráficas
de los Heraldos del Evangelio

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		Una pequeña piedra, una gran lección	34
María, Madre y Reina de la Iglesia (Editorial)	5		¿Qué es un sacerdote según el corazón de Dios?	36
	6	La voz de los Papas – La parábola de la mujer encorvada		
	8	Comentario al Evangelio – ¡Amemos la bondad de Dios!	Sereno peregrinar por las sendas de la ancianidad	38
	14	Una famosa, pero desconocida historia...	Heraldos en el mundo	42
	19	San Pío de Pietrelcina – Un reclinatorio, un altar, un confesionario	Sucedió en la Iglesia y en el mundo	44
	22	Apolo: ¿quién fue?	Historia para niños... El secreto del heroísmo	46
	26	¡Bendito el día que la vio nacer!	Los santos de cada día	48
	30	Santa Teresa Margarita Redi – Íntima amiga del Sagrado Corazón de Jesús	El sol desea resplandecer en nosotros	50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.org





ESCRIBEN LOS LECTORES

SUEÑO CON UNA EDUCACIÓN ASÍ EN NUESTRAS ESCUELAS

Sueño con el día en el que al menos algunas de nuestras instituciones educativas muestren el coraje y la sagacidad para promover una enseñanza similar a la que reciben los alumnos del Colégio Arautos do Evangelho Internacional, Thabor, mencionada en la edición del pasado mes de marzo de esta revista. Es la única educación capaz de reflejar *el Camino, la Verdad y la Vida*, es decir, a aquel que lanzó una inmensa revolución, en pos de la cual solamente los hombres pueden aspirar a ser perfectos como el Padre celestial es perfecto.

Mons. Edwin Colaco
Obispo emérito de Aurangabad – India

GRACIAS POR REPRESENTAR A LA IGLESIA

Cuando empiezas a leer la revista es como hacer un viaje inolvidable. Sus artículos no sólo enriquecen el conocimiento, sino que también inspiran hermosas meditaciones que elevan el espíritu.

En estos días en los que hay más tiempo para la lectura, aprovecha para hacerlo; te dará el aire fresco de la esperanza, que todos necesitamos en estos tiempos difíciles. Gracias, Heraldos del Evangelio, por representar a nuestra Santa Madre Iglesia, al cuidar y proveer nuestras necesidades.

María Alegrett
Vía catholicomagazine.news

EUCARISTÍA, CORAZÓN DE LA IGLESIA

Son maravillosas todas estas palabras, para mí y para mi familia, en este tiempo que estamos viviendo; es dejarse llevar por la mano de Dios. Óptimo el artículo *Eucaristía, corazón de la Iglesia*. Es una maravilla, tam-

bién, buscar a Jesús a través de la Eucaristía y creer en su poder de transformar y salvar nuestras vidas.

Feliciano Severino do Nascimento Neto
Vía revistacatolica.com.br

¡REALMENTE FUE UN MILAGRO!

Trabajo en el hospital en el que la Hna. Ana Lucía Dal Piccolo Iamaski estuvo internada y lo acompañé todo; confirmo todos los hechos narrados por ella en el artículo *Irremediable accidente, prodigiosa curación*.

¡Realmente fue un milagro!

Alcionei José Pacheco
Joinville – Brasil

APRECIACIONES SOBRE VARIOS ARTÍCULOS

Agradecido a Mons. João S. Clá Dias por su magnífica reflexión: *El Reino de Dios, ¡un reino de lucha!* Realmente, es una lucha constante entre el bien, que tenemos desde nuestro Bautismo, y el mal, que insistentemente nos aflige.

Por otra parte, me gustó mucho la metáfora sobre una caverna fea y una gruta linda y majestuosa, tratada en el artículo *¿Palacio o cueva?* ¡Felicitaciones a la autora! Elegimos el camino: la mentira o la Verdad y la Vida.

Igualmente, óptimo el artículo acerca de San Bonifacio, enhorabuena a su autora. Es muy interesante conocer la vida de los santos y santas, especialmente la de los mártires, pues nos dan un ejemplo de valentía para anunciar la Palabra de Dios, a sabiendas de que no agradaremos, sobre todo, a los réprobos.

Pedro Alexandre Ricciardi Ferreira
Vía revistacatolica.com.br

SABIAS PALABRAS INSPIRADAS POR EL ESPÍRITU SANTO

Qué profundas y conmovedoras las palabras de San Francisco Javier, transcritas en el artículo *Sincero y religioso amor*. Nos robustecen el alma y nos hacen olvidar nuestros sufrimientos para seguir adelante.

Agradezco a Dios y a sus proveedores esta labor tan maravillosa de enriquecernos con esa gota de gracia que toca en lo más profundo de nuestras almas de cristianos. Son palabras sabias inspiradas por el Espíritu Santo.

Ugo Eduardo Arenas López
Vía revistacatolica.com.br

ABRAZOS FRATERNOS Y AMAZÓNICOS

La lectura del artículo *Padres de la Madre del Mesías, ¡abuelos de Dios!*, nos invita a ir más allá de este momento. A partir de esa linda y enriquecedora reflexión, se entiende que todo ocurrió de acuerdo con el orden natural y se comprende, así, la verdadera esencia de los «abuelos de Jesús», que enriquece nuestra fe.

Al mostrarnos los méritos de Nuestra Madre Santísima y Purísima como proveedora del Espíritu Santo se dis-cierne, en este contexto, el verdadero e inspirador papel de San Joaquín y de Santa Ana, abuelos de Jesús y nuestros...

¡Salve! ¡Lectura emocionante!
Abrazos fraternos y amazónicos.

Sandra C. Couto
Vía revistacatolica.com.br

CATEQUESIS PERFECTA Y NECESARIA

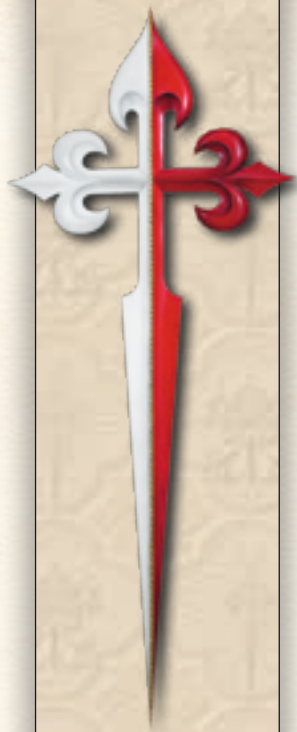
El artículo *Quedarse en casa, en nuestra «iglesia doméstica»* es una catequesis perfecta y necesaria. Agradezco a Dios este regalo del Cielo: ¡un contenido riquísimo!

Anaete de Souza Colombi
Vía revistacatolica.com.br

INSUPERABLE EN TODO LO QUE ENSEÑA

El último número de la revista mensual *Heraldos del Evangelio* que he recibido ha sido el de abril, pero desconozco el motivo. Debo decir que esta revista nos ayuda infinitamente, ya que es insuperable en todo lo que nos enseña. Gracias a todos los Heraldos por su labor evangelizadora.

Pedro García de la Fuente
Azuqueca de Henares – España



MARÍA, MADRE Y REINA DE LA IGLESIA

En el mundo entero, la liturgia católica venera a la Santísima Virgen como Madre de la Iglesia. Entre los fundamentos de esta devoción tenemos en primer lugar el episodio en el cual el propio Jesús le declaró a San Juan desde lo alto de la cruz: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19, 27). Simbólicamente, el único de los apóstoles que estuvo presente en esa hora de dolor representaba él solo a la Iglesia naciente —constituida de hijos débiles, pero muy amados—, cuya salvación Cristo compraba con su Madre.

Aunque las palabras del Redentor hubieran consagrado ese título de la maternidad de María, no fue únicamente en el Calvario donde Ella lo conquistó. En efecto, es propio a la madre conferir a sus hijos la vida; así al dar a luz al fundador de la Iglesia, la Virgen Santísima también se convirtió en Madre de la obra que Él fundaría.

Más aún: mientras Jesús reposaba en el sepulcro, ¿dónde estaba la fe de la Iglesia? ¿Dónde se refugiaba su esperanza? ¿Dónde se encontraba su perseverancia y fidelidad? Solamente en el Corazón de María, ardiendo de celo como antorcha en medio de las tinieblas de la incredulidad, mientras los que habían acompañado al Señor yacían en la duda, en el desánimo o en la cobardía. Durante esos tres días, la Virgen conservó, protegió y alimentó a la Iglesia naciente...

Y Ella continúa con ese oficio hasta hoy, como medianera de la divina gracia, flujo vital de la Iglesia. Obteniéndonoslo todo de Dios, Ella es el canal de la vida que, de Cristo, brota para cada uno de los fieles.

Al ser Reina, María rige la Historia en su todo, gobernando el destino de las naciones, la aplicación de los premios y los castigos, el florecimiento de las civilizaciones; y rige a cada alma en particular, en todas sus minucias, en sus alegrías y dificultades, en sus triunfos y sus frustraciones. En cierto sentido, Ella «rige» al propio Dios, pues conquistó su Corazón y de éste también fue constituida Reina.

Ahora bien, la condición de reina tiene mucha afinidad con el papel de madre: si la madre es la reina del hogar, la reina es la madre del pueblo. Así pues, Nuestra Señora es Reina de la Iglesia, es decir, su Madre, y de ella cuida —sea de manera colectiva, como institución, sea individualmente, junto a cada uno de sus miembros— con todo el cariño de la mejor de las madres y la fuerza de la más poderosa de las reinas.

En las cumbres muy altas y excelentes, las virtudes se confunden. María ampara, protege, estimula, corrige, perdona, arregla, aconseja... Se muestra al mismo tiempo Señora, Maestra, Guía, Pilar y Estrella. Sin embargo, los títulos que más le convienen son el de Reina y el de Madre, porque la definen de modo más perfecto. De hecho, cuando la consideramos como Reina, veneramos el poder que la Santísima Trinidad le otorgó: isu don es el cetro omnipotente de Dios! Cuando la invocamos como Madre, celebramos la alegría de tenerla cerca de nosotros y nos llenamos de esperanza al constatar con cuanta bondad y amor utiliza todo su poder en nuestro favor.

¡Cuántos motivos tenemos para recurrir a Ella con confianza, seguros de ser atendidos! ✧



El nacimiento de la Virgen, por Andrea di Bartolo - Galería Nacional de Arte, Washington

Foto: Gustavo Kralj



La parábola de la mujer encorvada

Cuando el alma aspira a los bienes celestiales, se mantiene erguida, sin inclinarse de manera alguna. Y los espíritus malignos, al verla perseverar en su integridad, no pueden «pasar» por encima, o sea, sembrarle deseos impuros.

En el fragmento del Evangelio que acaba de ser proclamado (Lc 13, 6-13), habéis escuchado, hermanos míos, el relato de dos hechos: el de la higuera estéril y el de la mujer encorvada. Ahora bien, ambos ponen en juego la misericordiosa bondad divina. El primero la expresaba por una comparación, el segundo la hacía sensible mediante una acción. [...]

Hombres de espíritu encorvado

«Un sábado, enseñaba Jesús en una sinagoga. Había una mujer que desde hacía dieciocho años estaba enferma por causa de un espíritu, y estaba encorvada, sin poderse enderezar de ningún modo» (Lc 13, 10-11). [...]

El pecador, preocupado por las cosas de la tierra y no buscando las del Cielo, es incapaz de mirar hacia lo alto: como sigue los deseos que lo arrastran hacia abajo, su alma —al perder la rectitud— se curva y sólo ve aquello en lo que piensa constantemente.

Echad una mirada atrás en vuestros corazones, queridísimos hermanos, y examinad continuamente los pensamientos que no dejan de rondar vuestro espíritu: uno está discutiendo sobre honores, otro sobre el dinero, tal otro en cómo aumentar sus propiedades. Todo esto son cosas

bajas y cuando el hombre se entrega a ellas, se encorva, pierde su rectitud. Y si no se yergue para desear los bienes celestiales, acabará como la mujer encorvada, absolutamente incapaz de mirar hacia lo alto.

La razón nos indica el camino, pero nos faltan las fuerzas

El texto evangélico prosigue diciendo: «Al verla, Jesús la llamó y le dijo: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. Le impuso las manos, y enseguida se puso derecha» (Lc 13, 12-13).

Si la ha llamado y enderezado es porque la ha iluminado y ayudado. En cambio, otras veces, Él llama y no endereza; su gracia nos ilumina, pero no puede ayudarnos debido a nuestras faltas. De hecho, a menudo vemos lo que deberíamos hacer y no lo llevamos a cabo. Nos esforzamos, y luego flaqueamos. La razón nos indica el camino recto, pero nos faltan las fuerzas para seguirlo con obras.

Eso es parte del castigo debido al pecado. El don de la gracia nos permite ver el bien, pero en pago por nuestros actos nos hallamos apartados de lo que habíamos visto. Una falta repetida enreda tanto al alma que ya no puede volver a su posición vertical. Se esfuerza, después recae: la falta en la que ha persistido duran-

te mucho tiempo por voluntad propia, la vuelve a cometer por coerción incluso cuando ya no lo desea.

«Estoy encorvado y en gran manera abatido»

El salmista describe muy bien esa curvatura nuestra cuando dijo de sí mismo, como representando a todo el género humano: «Estoy encorvado y en gran manera abatido» (Sal 38, 7).

Considera que el hombre, aun habiendo sido creado para contemplar la luz de lo alto, fue expulsado del paraíso a causa de sus pecados y, en consecuencia, las tinieblas reinan en su alma, haciéndole perder el apetito de las cosas de arriba y concentrar su atención en las de abajo. Y el salmista, sufriendo al ver al género humano, al que pertenece, reducido a tal estado, grita hablando de sí mismo: «Estoy encorvado y en gran manera abatido».

Si el hombre, perdiendo de vista las cosas del Cielo, nada más que piensa en las necesidades de la carne, estará sin duda encorvado y humillado, pero no en exceso. Ahora bien, como no sólo la necesidad hace que mengüen sus pensamientos de la consideración de las cosas de lo alto, sino que también el placer prohibido lo deja abatido, entonces no está simplemente encorvado, sino que lo está en exceso.

Quien se preocupa únicamente con las cosas de la tierra no es miembro de Cristo

Al respecto, otro profeta afirma a propósito de los espíritus impuros: «Ellos le han dicho a tu alma: “Encórvate para que pasemos por encima”» (cf. Is 51, 23).

Cuando el alma aspira a los bienes de lo alto, se mantiene erguida, sin encorvarse de manera alguna hacia abajo. Y los espíritus malignos, al verla perseverar en su integridad, no pueden «pasar» por ella; o sea, no pueden sembrar en ella deseos impuros.

Entonces le dicen: «Encórvate para que pasemos por encima», porque si no se abaja por ella misma a desear las cosas terrenales, su perversidad no tendrá ninguna fuerza contra ella. No pueden pasar por encima: la inflexibilidad que muestra hacia ellos, aplicándose a las cosas de lo alto, la hace temible.

Somos nosotros, queridísimos hermanos, somos nosotros los que les franqueamos el paso a los espíritus malignos cuando codiciamos las cosas de la tierra y nos encorvamos para buscar los bienes transitorios. Ruboricémonos, pues, por codiciar de esta manera las cosas de la tierra. Sonrojémonos por ofrecer el dorso de nuestro espíritu a los adversarios que quieren subirse en él.

Moisés prohibió a los jorobados ser promovidos al sacerdocio

El que está encorvado mira siempre hacia la tierra; y el que procura las cosas de abajo se olvida de la recompensa que le ha rescatado. De ahí la prescripción de Moisés que prohibía absolutamente a los jorobados ser promovidos al sacerdocio (cf. Lev 21, 20). Ahora bien, todos nosotros que hemos sido redimidos por la sangre de Cristo nos convertimos en miembros de este Sumo Sacerdote.

Por eso Pedro nos declara: «Sois un linaje elegido, un sacerdocio real» (1 Pe 2, 9). Pero el que es jorobado no

mira más que a las cosas de aquí abajo; por tanto, se ve excluido del sacerdocio, pues el que se preocupa tan sólo con las cosas de la tierra demuestra que no es miembro del Sumo Sacerdote.

Nuevamente con respecto a esto, el pueblo fiel se ve prohibido de comer pescado que no tenga aletas. Pues los peces con aletas y escamas suelen saltar fuera del agua. ¿Qué representan entonces esos peces alados sino las almas de los elegidos?

Sin duda, solamente las almas sustentadas en este momento por las aletas de sus virtudes son las que pasan al cuerpo de la Iglesia del Cielo: conocen el arte de saltar fuera del agua por su deseo de la eterna bienaventuranza, subiendo ávidamente hacia las cosas de lo alto por la contemplación, aunque luego vuelvan a caer enseguida por el peso de su naturaleza mortal.

Consideremos con horror nuestra curvatura

Entonces, queridísimos hermanos, si hemos reconocido ahora los bienes de la Patria celestial, consideremos con horror nuestra curvatura.

Conservemos en la memoria la mujer encorvada y el árbol sin fruto. Acordémonos del mal que hemos cometido y echemos un cesto de abono en la raíz de nuestro corazón, a fin de que aquello que nos repugnaba aquí abajo en la penitencia nos traiga un día, por su acción fertilizante, el fruto de la recompensa.

Y si no podemos practicar con toda perfección las virtudes, Dios mismo se regocijará al vernos deplorarla. Le estaremos agradando desde el propio comienzo de nuestra justicia, nosotros que nos penitenciamos de las acciones injustas que hemos cometido. Y nuestro llanto será de corta duración, pues las alegrías eternas habrán enjugado pronto nuestras lágrimas pasajeras, por Nuestro Señor Jesucristo, que siendo Dios vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. ✧

Fragmentos de: SAN GREGORIO MAGNO. «Homilias sobre los Evangelios». Homilía XXI, pronunciada en la basílica de San Lorenzo Mártir, el 9 de junio del 591: PL 76, 1228-1232.



Reproducción

El que está encorvado mira siempre hacia la tierra; y el que procura las cosas de abajo se olvida de la recompensa que le ha rescatado

Jesus cura a la mujer encorvada - Evangelionario de Otón III, Biblioteca Estatal de Baviera, Múnich (Alemania)

EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: ¹ «El Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. ² Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. ³ Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo ⁴ y les dijo: “Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido”. ⁵ Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. ⁶ Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?”. ⁷ Le respondieron: “Nadie nos ha contratado”. Él les dijo: “Id también vosotros a mi viña”. ⁸ Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: “Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros”. ⁹ Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. ¹⁰ Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. ¹¹ Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo: ¹² “Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno”. ¹³ Él replicó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? ¹⁴ Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¹⁵ ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”. ¹⁶ Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos» (Mt 20, 1-16).



La parábola de los viñadores - Freyburg (Alemania)

¡Amemos la bondad de Dios!

Nada le cuesta tanto al orgullo humano como aceptar la benevolencia gratuita de Dios, por la cual distribuye sus dones de manera desigual, siendo justo con todos, pero especialmente pródigo con algunos.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – EL ORGULLO HUMANO Y LA BONDAD DIVINA

El Evangelio de este vigésimo quinto domingo del Tiempo Ordinario nos muestra dos perspectivas completamente diferentes desde las cuales podemos considerar todas las cosas a lo largo de nuestra vida: o nos dejamos iluminar por la fe, creyendo en aquello que escapa al alcance de los sentidos y analizándolo todo en función de Dios, o nos atemos a las realidades concretas y nos guiamos por nuestros propios criterios.

Estas dos visiones opuestas inciden además en nuestra comprensión sobre el Creador y el modo como Él se relaciona con los seres salidos de sus manos. Si partimos desde el punto de vista humano juzgamos frecuentemente que el mundo concebido por Dios no es lo que hay de más excelente, porque en él existe la mancha del pecado. Lo ideal sería que, por ejemplo, solamente una persona pecara y fuera precipitada en el Infierno, a fin de que se revelara la justicia punitiva del Omnipotente, y que los demás se mantuvieran fieles en la hora de la prueba, merecedores del premio eterno.

Sin embargo, un infalible principio de la teología nos enseña: «Si Dios lo ha hecho, entonces es lo perfecto». Aunque tuviera Él la posibilidad de sacar de la nada criaturas sin ningún defecto, quiso construir una humanidad débil y sujeta al error, pues así se manifestaría mejor su suprema bondad. A pesar de que no conocemos la proporción existente entre el número de bienaventurados y de condenados, sabemos que en el plan de la salvación la misericordia brilla mucho más que la justicia.

Ahora bien, el orgullo nos lleva a querer conquistar el Cielo por nuestros méritos, como si la salvación dependiera exclusivamente de nuestras buenas acciones, y por eso nos cuesta aceptar la benevolencia gratuita de Dios para con nosotros. Y la dificultad se vuelve aún más grande cuando vemos cómo su compasión se derrama sobre nuestros semejantes. Nos resulta fácil comprender las razones por las cuales la justicia divina cae sobre alguien; no obstante, es duro admirar y alegrarnos cuando el Padre de misericordia colma con sus dones a aquellos que, según nuestro parecer, no presentan las condiciones para recibirlos.

*El orgullo nos
lleva a querer
conquistar
el Cielo por
nuestros
méritos y por
eso nos cuesta
aceptar la
benevolencia
gratuita
de Dios*

El gesto del viñador subraya su bondad desinteresada, ya que no procede por necesidad sino por deseo de ayudar

He aquí una de las principales enseñanzas que el Señor nos transmite cuando les propone a sus discípulos la parábola de los obreros de la viña. Si, por una parte, el gesto magnánimo del dueño evidencia cómo la distribución de los beneficios divinos no depende de los esfuerzos humanos, por otra, la reacción envidiosa de los trabajadores ilustra cómo nos engañamos cuando pretendemos analizar con los ojos naturales el modo como Dios procede con sus hijos.

II – MISERICORDIA GRATUITA, ABUNDANTE Y ANTIIGUALITARIA

San Mateo, el único que registra la parábola contemplada en esta liturgia, la incluye después del diálogo entablado entre el Señor y los Apóstoles a propósito del joven rico. Cuando éste se marchó muy triste, porque poseía muchos bienes (cf. Mt 19, 22), el divino Maestro tejió algunos comentarios sobre la generosidad pedida a los elegidos, premiada por Dios con el céntuplo en esta tierra y la vida eterna (cf. Mt 19, 29). A continuación, el evangelista introduce con la parábola el capítulo 20 de su relato, en el cual también leemos la tercera predicción de la Pasión y el episodio de los hijos del Zebedeo, que suplicaban puestos de honor en el Reino.

Esta visión de contexto nos permite entrever que uno de los objetivos de Jesús al componer la historia era inculcar en sus discípulos la idea de cómo Dios es Señor absoluto de sus dones y los concede según le place.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: ¹ «El Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. ² Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña».

Hacia parte de las costumbres agrícolas vigentes en Palestina la admisión de jornaleros en la época de la cosecha, los cuales se ponían en las plazas de madrugada a la espera de algún ofrecimiento de empleo. Como el día se dividía en horas contadas a partir del amanecer, entonces el contrato se cerraba antes de que rayara la aurora y la siega o la vendimia empezaba alrededor de

las seis de la mañana. Al tratarse, en general, de personas pobres y necesitadas, recibían su salario ese mismo día antes de que el sol se pusiera, conforme lo prescribía la ley mosaica en el libro del Deuteronomio (cf. Dt 24, 15).

El cuadro descrito por Nuestro Señor en esos versículos no presentaba ninguna novedad para sus discípulos, pues se correspondía en todo con la realidad. Sin embargo, desarrolla la trama añadiéndole detalles desencontrados, propios a chocar a sus oyentes y a resaltar la figura del patrón. Así, el ingreso de nuevos obreros en el transcurso de la jornada era algo inusual, sobre todo ya al final de la faena.

Diferentes grados de relaciones con Dios

³ «Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo ⁴ y les dijo: “Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido”. ⁵ Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo».

A los tres grupos de trabajadores contratados entre las nueve de la mañana y las tres de la tarde, el dueño no les promete una remuneración predeterminada, sino que únicamente les pagará «lo debido», lo que fuera justo. Este pormenor supone que había una relación de mucha confianza por parte de los que se encontraban «sin trabajo»



La parábola de los trabajadores de la viña - Codex Aureus de

hacia el viñador, pues aceptaron la labor sin mayores exigencias ni formalidades.

⁶ «Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: “¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?”».

⁷ Le respondieron: “Nadie nos ha contratado”. Él les dijo: “Id también vosotros a mi viña”».

Naturalmente, la preferencia de los empleadores al seleccionar a los candidatos recaía sobre los más robustos, ágiles y experimentados; por lo tanto, esos a los que nadie había contratado serían sin duda los menos capacitados. El gesto del viñador, de ir en busca de personas cuya colaboración poco o nada le rendiría, subraya su bondad desinteresada, ya que no procede por necesidad sino por deseo de ayudar.

Aplicada a la vida espiritual, la parábola ilustra bien tres grados diferentes de intimidad de las almas con Dios. Mientras algunos lo ven como un señor a quien deben servir y de quien esperan una retribución, otros lo tienen como un amigo que los recompensará en la medida de su fidelidad. Y existe todavía los que lo consideran un padre, a quien obedecen como hijos, sin esperar gratificación alguna. Estos últimos son representados por los trabajadores contratados al atardecer, a los cuales el propietario ni siquiera les habla de ningún sueldo, limitándose solamente a enviarlos a la viña.



Echternach, Museo Nacional Germano, Nuremberg (Alemania)

El egoísta se siente defraudado con la bondad hecha a los demás

⁸ «Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: “Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros”.

⁹ Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno».

Todos los matices de la historia se ajustan de manera sutil, con una clara intención. El capataz empieza a distribuir el salario dándoles preferencia a los que únicamente habían dedicado una hora. Los demás, al percatarse que recibieron el jornal íntegro (una moneda de plata), enseguida se ponen a hacer cálculos egoístas, cada cual multiplicando la cantidad por las horas de servicio empleado.

¹⁰ «Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno.

¹¹ Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo: ¹² “Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno”».

Con el objetivo de destacar cómo le pertenece al Creador el gobierno de todas las cosas, el Señor nuevamente invierte el orden del pago, haciendo que a continuación les sucedan a los últimos los que trabajaron todo el día. Quizá éstos habían codiciado ganar doce monedas, en proporción a las horas que habían pasado aguantando «el peso del día y el bochorno», pero no recibieron más que una. Como estaban llenos de apego a sí mismos, se sienten defraudados e, indignados contra el patrón, se ponen a protestar. Es la actitud característica del envidioso, que no acepta los dones concedidos a otro y, en el fondo, se rebela contra Dios.

Justa recompensa, abundante misericordia

¹³ «Él replicó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? ¹⁴ Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¹⁵ ¿Es que no tengo

Aplicada a la vida espiritual, la parábola ilustra bien tres grados diferentes de intimidad de las almas con Dios

*Nuestro Señor
no sigue los
estrechos
conceptos
humanos y
cuando decide
valerse de la
misericordia,
lo hace en
abundancia y
gratuitamente*

libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?”.¹⁶ Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos».

Estas palabras del patrón, dirigidas no a todos sino «a uno de ellos», corrige la visión errónea de los inconformistas, subrayando cómo la bondad para con algunos no implicaba una injusticia contra los demás. A parte de resaltar sus derechos en cuanto propietario, libre para disponer de sus bienes como le apeteciera, les llama la atención sobre aquello que habían recibido y los incentiva a que se alegraran con eso. Si ellos, en vez de compararse con sus semejantes, elevaran la mirada hacia la generosidad del dueño, se sentirían satisfechos no sólo con su propio salario, sino que también experimentarían la incomparable felicidad que únicamente la admiración da.

Al interpretar la parábola en un sentido espiritual, ciertos autores la aplican a los diferentes momentos de la vida en los que las almas son invitadas a servir a Dios con más perfección. Así, algunos van a «trabajar en la viña» al rayar la aurora, aún en la infancia, otros se alistan en etapas ya más avanzadas y hay incluso un contingente que entra solamente en la última hora. El Altísimo siempre recompensa cualquier esfuerzo realizado con el objetivo de agradarlo, pues es la Justicia. Pero Él no sigue los estrechos conceptos humanos y cuando decide valerse de la misericordia, lo hace en abundancia y gratuitamente. Al ser omnipotente, puede recompensar tanto en la justa medida como dar con entera liberalidad.

Otros comentaristas, no obstante, prefieren asociar ese pasaje del Evangelio a la Historia de la salvación. Desde ese prisma, «la viña a que el Señor llama a trabajar es la Iglesia por Él fundada. Invitó a entrar en ella primeramente a los judíos, no sólo por medio de su predicación, sino también por los antiguos patriarcas y profetas, que con su vida y enseñanzas venían preparando a aquel pueblo a recibir al Mesías y a tomar parte en el Reino que iba a fundar en la tierra. Llamó también a última hora a los gentiles, pues venía a salvar y redimir a todo el género humano, y les concedió los mismos privilegios que al pueblo judío»¹.

En este sentido histórico, no sería exagerado decir que el modo como Dios actúa con la humanidad en las generaciones actuales manifiesta una misericordia aún más desconcertante y anti-

igualitaria que la retratada en la parábola, pues cuanto «más tarde» se llega mayores son las gracias concedidas. Es lo que San Luis María Grignon de Montfort profetiza con respecto a los santos de los últimos tiempos, sobre los cuales la Providencia derramará tal suerte de gracias que, comparados a los santos del período anterior, parecerán como cedros del Líbano al lado de pequeños arbustos.²

III – LA ALEGRÍA POR LA GRACIA FRATERNA

«Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes» (Is 55, 9), dice el Señor por los labios de Isaías en el fragmento escogido para la primera lectura de este domingo. El lenguaje empleado por el profeta sugiere una idea de la inmensidad existente entre los pensamientos divinos y los humanos; con todo, la imagen es flaca, porque en la realidad hay una distancia infinita.

Si no nos alimentamos de gracias místicas especiales, nunca lograremos vivir a la altura de nuestra condición de bautizados, es decir, en una postura de alma siempre atenta al mundo sobrenatural. Se trata de un plan tan superior a nuestra fragilidad que, atraídos por las cosas concretas, fácilmente volvemos la mirada hacia abajo, resbalamos y caemos. Mantenernos en ese elevado estado de espíritu sin el auxilio de la gracia es tan imposible como el intentar andar el día entero como un bailarín, tocando el suelo nada más que con la punta de los pies.

Nos compete, por lo tanto, combatir esa tendencia de entregarse a un ateísmo práctico por el cual se desea ser guiado solamente por aquello que los sentidos y la razón indican, sin remontarse a la Providencia. El resultado de tal desvío lo podemos ver en el mundo actual, una Babel de caos y mentira donde todo invita al pecado porque ha evolucionado divorciada de Dios. En efecto, no ha sido por la acción de gracias místicas que el hombre ha inventado el avión, internet, los extraordinarios aparatos hospitalarios actuales y tantas otras maravillas de la técnica, sino por la mera aplicación de su inteligencia. A fin de no dejarnos impresionar por el delirio de las sensaciones proporcionadas por esa situación, debemos recurrir a aquel que «está cerca de los que lo invocan», como nos lo recuerda el salmo responsorial (cf. Sal 144, 18), en la certeza



Sagrado Corazón de Jesús - Iglesia de los Jesuitas, Santander (España)

de que el Señor se encuentra dentro de cada uno de nosotros. Para que seamos escuchados, basta que nos recojamos y nos dirijamos a Él en nuestro sagrario interior.

Todos estamos obligados a practicar la virtud, por el simple hecho de tener un alma creada y redimida por Dios. A Él le debemos devolver lo que le pertenece, cumpliendo los Mandamientos y evitando a cualquier precio el pecado. No obstante, nos equivocáramos si imagináramos que el Cielo se obtiene exclusivamente por el esfuerzo personal. Las realidades celestiales superan tanto nuestra pura naturaleza que jamás nadie podría conquistar la participación en la bienaventuranza eterna si no fuera por la clemencia del Creador.

Sin embargo, no lo olvidemos: en la parábola, todos los obreros acceden a la llamada del propietario y se entregan a su servicio. Por eso cada uno gana al final de la jornada una moneda de plata. ¡Pero cuántos hay en la Historia que rechazaron «trabajar en la viña» o lo hacen de modo tan negligente que reciben como pago el castigo eterno!

Consolidemos en el fondo de nuestras almas la convicción de que, al término de este período

de labor iniciado cuando Dios nos convocó para ser de su ejército, también nosotros pasaremos ante Él y obtendremos o no el premio celestial. Si anhelamos ser objeto de su magnanimidad, vivamos con la mirada y el corazón fijos en las maravillas del Reino de los Cielos, en Jesús y en María Santísima, y amemos la bondad que ellos, de manera desigual, manifiestan con relación a cada uno de sus hijos.

Quien se entristece o se rebela al ver la dadivosidad de la Providencia derramándose sobre los demás peca por envidia de la gracia fraterna. En esta liturgia el Señor nos invita exactamente a lo opuesto de eso: a la alegría por la gracia fraterna, al júbilo por la benevolencia divina concedida a nuestros hermanos. ✧

¹ LEAL, SJ, Juan; DEL PÁRAMO, SJ, Severiano; ALONSO, SJ, José. *La Sagrada Escritura. Texto y comentarios por los profesores de la Compañía de Jesús. Nuevo Testamento. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, v. I, p. 211.

² Cf. SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 47. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, pp. 512-513.

El modo como Dios actúa con la humanidad en las generaciones actuales manifiesta una misericordia aún más desconcertante

Una famosa, pero desconocida historia...

Estaba concluyendo la *Belle Époque*,¹ un tiempo marcado por la búsqueda del disfrute de la vida, de la alegría liviana y relajada y por grandes adelantos científicos e industriales que le proporcionaban al hombre la sensación de seguridad, estabilidad y autosuficiencia. Sin embargo, todo caminaba a pasos agigantados hacia un trágico final: la Primera Guerra Mundial.

En ese contexto histórico fue cuando la empresa naviera White Star Line, a iniciativa de su presidente, Joseph Bruce Ismay, terminó la construcción del Titanic, cuyo viaje inaugural, con destino a Nueva York, partiría del puerto de Southampton el 10 de abril de 1912.

Aquel día el sol había despuntado particularmente luminoso, el cielo se mostraba límpido y una suave brisa recorría la ciudad, mientras que las aves parecían volar con más vivacidad que la de costumbre. Todo concurría a presagiar el éxito del mayor transatlántico jamás construido.

Se dice que una ilustre dama de la sociedad inglesa, apellidada Cad-

well, mientras observaba cómo el personal de cubierta cargaba el equipaje, le preguntó a uno de los mozos:

—¿Es verdad que este barco es insumergible?

—Así es, señora. ¡Ni Dios lo hunde! —le contestó.

Osada afirmación... No obstante, aquellas palabras no sólo representaban la opinión de un simple marinerero, sino que reflejaba el estado de espíritu laico y cautivado por el progreso que impregnaba la sociedad inglesa de la época. El gigantesco buque alucinó a las mentes tanto de los que lo construyeron como de aquellos que en él embarcaron.

Grande y diversa reunión social

El Titanic salió de Southampton con más de 2000 pasajeros a bordo, entre ellos nobles y millonarios, miembros de la alta sociedad de la época y el propio Bruce Ismay. Varios eran habituales en los viajes liderados por el renombrado capitán Edward Smith, que, a sus 62 años, navegaría por última vez al mando.

A parte de los magnates y gente adinerada que constituían la primera y la segunda clase, a bordo iba una tercera, compuesta por emigrantes que se dirigían a Estados Unidos llenos de esperanza, confiados en obtener en el Nuevo Mundo una considerable fortuna que les permitiera escapar de su condición obrera.

Más que una común y corriente travesía por el Atlántico, ese viaje podría ser considerado como una grande y diversa reunión social. En las distintas cubiertas del moderno barco, personas de todas las condiciones recorrían optimistas el delicioso «mar de los sueños» que el mundo ilusamente les ofrecía.

Despreocupados, rumbo al desastre

El domingo 14 de abril el día rayó también sereno y soleado. A las 9 h, no obstante, el radiotelegrafista recibió un mensaje del Caronia, una embarcación que navegaba por aquella zona, en el que se les avisaba de la presencia de hielo en la superficie marina. Nadie, sin embargo, le dio mucha importancia al asunto.



A las dos de la madrugada de aquella oscura noche se deshicieron todas las ilusiones. Minutos después, las aguas del Atlántico cubrían para siempre al orgulloso titán de los mares. Con él se hundía el estúpido optimismo de toda una generación.

Hna. Antonella Ochipinti González, EP



A las 13:40 h, un nuevo recado, esta vez enviado por el Baltic, otro transatlántico de la White Star Line, en donde se alertaba acerca de una gran cantidad de icebergs exactamente en la ruta que el Titanic estaba siguiendo. El telegrafista transmitió la noticia al puente de mando y el oficial responsable la encaminó al capitán Smith.

Éste, como era la hora de la comida, decidió terminarla tranquilamente y después se dirigió al castillo de popa en busca del presidente de la compañía, que paseaba por allí; tras recibir el mensaje se guardó el papel en el bolsillo y siguió andando.

A lo largo de la cadena de mando nadie quiso preocuparse con el peligro. Todos preferían endosárselo a un superior o dejar de lado aquel «fastidio» que amenazaba con estropearles tan agradable travesía.

No tardaron en llegar nuevas advertencias, en esta ocasión del SS Amerika y del SS Californian, pero el operador de radio, Jack Philips, optimista como todos, no los tomó en cuenta.

La falta de vigilancia y la vergonzosa despreocupación que tantas ve-

ces preceden a los grandes desastres ocurridos en la Historia se extendían por aquella tripulación... Su actitud omisa y absurda anunciaba la inevitable tragedia: en unos instantes tendría lugar la colisión.

Investigaciones posteriores levantaron la sospecha de que la decisión de no reducir la velocidad del barco ni alterar su rumbo se debió a la presión ejercida sobre el comandante por el presidente de la compañía, Bruce Ismay²... La amplia experiencia del capitán Smith le hacía consciente del peligro que los icebergs significaban en aquellas aguas. Pero le pareció más importante colaborar en mantener el prestigio de la compañía y evitar maniobras que impidieran finalizar la travesía en el tiempo estimado...

Además, no era plausible pensar que aquel buque tan grande, potente y bien construido llegara a hundirse en plena época de éxitos y desarrollo.

Por la noche, el capitán se retiró sin darle mayor importancia a la gravedad de la situación. Mientras las estrellas cintilaban en la bóveda

oscura de un cielo sin luna, las luces de los salones y los camarotes se iban apagando poco a poco. En el barco reinaba la calma; en el mar los icebergs se acercaban amenazadores...

Astuta acción del demonio

La ceguera y consecuente inacción ante el peligro tan inminente nos resultan angustiadoras y nos llevan a preguntarnos qué motivo habría para tan grande «bobada» colectiva.

Ahora bien, analizando los hechos más profundamente, se percibe en ese episodio histórico la presencia discreta, casi inapreciable del demonio, maestro en usar una táctica sagaz y muy eficaz en sus confabulaciones.

Para que se entienda mejor, pensemos cómo actúa el cáncer sobre una persona. Se trata de una enfermedad potencialmente mortal, cuyo principal peligro está en el hecho de ser, al comienzo, imperceptible. Las células afectadas van formando silenciosamente tumores en el organismo y cuando el individuo empieza a sentir sus síntomas, el daño ya es, muchas veces, irreversible.

El Titanic fotografiado frente al puerto de Cobh (Irlanda) el 11 de abril de 1912



Así también se comporta Satanás. Su trampa consiste en influenciar a las almas al actuar con discreción. Cuando la persona se da cuenta de su presencia, mil y un defectos y miserias ya han echado raíces en su alma, haciéndose difícilísimo combatirlos.

Ahora bien, esa no es la peor artimaña del enemigo infernal. Existe un medio más nocivo para atentar contra los hijos de Dios: ıvestirse con apariencias de bien! Son los «lobos rapaces» que se disfrazan de «buenas ovejas» contra los cuales nos alerta el divino Redentor en el Evangelio (cf. Mt 7, 15).

En esas ocasiones, el mal se presenta bajo el velo de supuesta virtud para corroer sin obstáculos a su presa. Embriagada por la belleza, suavidad y blancura que cree constatar en la falsa oveja, la víctima no logra discernir nada de malo o peligroso y se deja devorar. De nada sirven, habitualmente, las advertencias que le son hechas.

Siendo así, se podría afirmar que el estado de espíritu de los tripulantes y pasajeros del Titanic tuvo su origen en un terrible «cáncer» llamado mundanismo. O, tal vez, que fueron atacados por un lobo feroz disfrazado de inocente oveja, conocido como progreso humano.

Veían este mundo traicionero como un mar de placeres inofensivos, maravillosos e interminables, cuando, en realidad, es sólo el campo de batalla transitorio en el cual se decide nuestro destino eterno. Confiaban en los avances de la ciencia y de la tecnología hasta el punto de considerarse inmunes a cualquier desastre, como si nuestras vidas no fueran gobernadas

desde lo alto por el Dios omnipotente. Cuando se dieron cuenta de su ilusión, ya era demasiado tarde...

Y sucedió lo inevitable...

En torno a las 23:30 h de aquella noche sin luna, aparentemente tranquila, los vigías Frederick Fleet y Reginald Lee divisaron desde la atalaya una imagen siniestra: iun gigantesco bloque oscuro flotaba a unos 500 metros de distancia de la proa del barco! El monstruoso obstáculo no pudieron verlo antes porque los responsables no disponían de prismáticos...³

Enseguida sonaron tres toques de alarma y el puesto de mando recibió un aviso por teléfono: «ıIceberg a la vista!». El primer oficial, William McMaster Murdoch, no tuvo tiempo de tomar ninguna medida preventiva; únicamente gritó: «ıApaguen los motores! ıGiren todo a babor!».

La orden fue obedecida de inmediato, pero el obstáculo se encontra-

ba demasiado cerca. Lo que parecía imposible se volvió inevitable: el Titanic colisionó de forma violenta contra el hielo y fue perdiendo velocidad poco a poco, hasta detenerse... ıEstaba mortalmente herido!

El armador del barco, el ingeniero naval Thomas Andrews, acompañado por el capitán Smith, se apresuró a hacer una inspección y confesó al instante que estaba todo perdido. Con tres de sus dieciséis compartimentos estancos dañados, el Titanic podría continuar flotando, y aún lo haría, en caso extremo, hasta con cuatro de ellos totalmente inundados. Sin embargo, el iceberg había chocado con el navío con tanta fuerza y en un ángulo tal que fueron cinco los compartimentos que se vieron afectados de una sola vez.

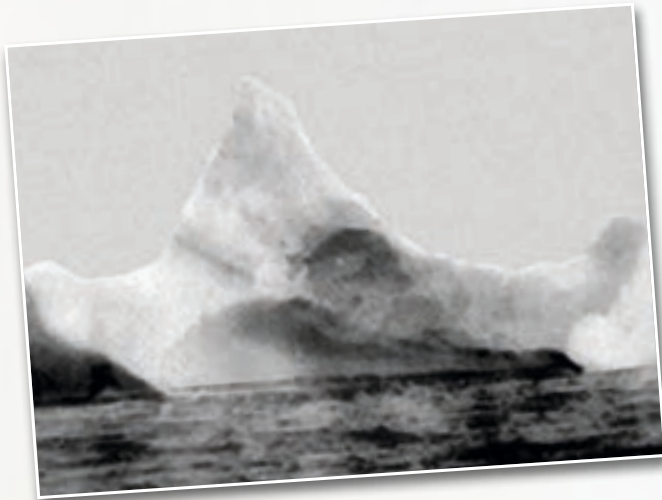
La gravedad de la situación los llevó a despertar a la tripulación que no estaba de servicio en ese momento: «ıVamos compañeros, salid! No nos



Los tripulantes del Titanic veían este mundo traicionero como un mar de placeres cuando, en realidad, es sólo el campo de batalla transitorio en el cual se decide nuestro destino eterno

Fotografías y dibujos de algunos ambientes interiores del lujoso Titanic: salón de lectura, gran escalera central, gimnasio y piscina

Fotos: Wikimedia commons



¡Muchos se negaron a entrar en los botes! Se sentían mucho más seguros en el Titanic y no creían en su inminente hundimiento

A la izquierda, el iceberg considerado responsable del naufragio, fotografiado desde el barco SS Prinz Adalbert; a la derecha, el último bote salvavidas lanzado desde el Titanic, fotografiado por un pasajero del Carpathia

queda ni media hora de vida. Esto nos lo dice el Sr. Andrews. Pero guardáoslo para vosotros, que nadie lo sepa»⁴.

No hubo, de hecho, ni campanas, ni sirenas, ni ningún tipo de alarma general. La noticia fue comunicada de persona a persona, y se les pedía a todos los pasajeros que se reunieran en la cubierta principal con los chalecos salvavidas puestos.

¿Cómo reaccionaron los pasajeros?

En el interior del barco, el golpe fatal solamente redundó en una leve sacudida. Se cuenta que en la sala de fumadores aún estaban algunos jugando al póker a esas horas. Sintieron un ligero impacto y vieron desfilar por las ventanas una montaña de hielo de más de 20 metros. No obstante, la noche les parecía bella y tranquila. No se tomaron la molestia de salir a ver qué estaba pasando. A fin de cuentas, se encontraban en el Titanic, el gran transatlántico que «ni Dios lo podía hundir»...

Poco a poco la realidad se fue volviendo indiscutible. Mientras la mayor parte de las personas dormía, el mar iba inundando el barco. En escasos minutos dos metros y medio de agua cubrían la sala de máquinas. Y ni si-

quiera eso consiguió sacudir el optimismo absurdo de buena parte de los pasajeros; muchos aún dudaban si de verdad se estaba hundiendo... Cuando los empleados los despertaban y les ayudaban a ponerse el chaleco salvavidas, algunos sonreían, creyendo que se trataba de una medida exagerada.

Media hora después de la medianoche daban la orden: «Mujeres y niños a los botes salvavidas». Quince minutos después, el primero de ellos descendía al mar. Pero la evacuación fue hecha de forma lenta y desorganizada.

Varios de los marineros no sabían siquiera a cuáles de los botes tenían que ir, porque nunca habían sido entrenados a reaccionar en caso de emergencia... Por falta de pericia de los responsables, solamente cuatro de los veinte botes disponibles fueron llenados a más del 70% de su capacidad.

Además de la incompetencia de la tripulación otro factor concurrió al fracaso de la operación: ¡muchos pasajeros se negaron a entrar en los botes! Se sentían mucho más seguros en el Titanic y no creían en el inminente hundimiento. Muchas mujeres, que deberían haber sido las primeras en evacuar la embarcación, rechazaban hacerlo al juzgar que fuera imposible que el buque llegara a hundirse.

Al principio, no hubo entre los pasajeros ninguna señal de pánico. Uno de los motivos para ello es el hecho de que la propia tripulación del barco les hizo que creyeran que todo se trataba de un mero simulacro... Además, la orquesta seguía tocando melodías alegres, con el fin de mantener la calma.

¿Hasta qué punto persistiría aquella obstinación general que ya superaba todos los límites de lo inimaginable?

¡Finalmente se dieron cuenta!...

Pese a que muchos titubeaban o incluso rehusaban creérselo, el Titanic estaba a punto de consumir su carrera. En breve se encontraría sepultado bajo las aguas.

A las dos de la madrugada, el lento y dramático descenso del titán de los mares a las profundidades del Atlántico se aproximaba del momento final. Únicamente entonces, al toparse de frente con la seriedad de la muerte, se deshicieron las irrisorias ilusiones de los más recalcitrantes y se desmoronó su confianza mundana. Algunos se acordaron de Dios y empezaron a rezar. Otros corrían desorientados por los pasillos y salones de la embarcación, presos de la desesperación.

A los 2:17 h todas las luces del buque se habían apagado. En medio de la oscuridad nada más que se percibía gente lanzándose desde todas partes al mar helado como último intento de salvarse.

A las 2:20 h del 15 de abril, las aguas del océano se cerraban para siempre sobre el orgulloso navío y, con él, se hundía el estúpido optimismo de toda una generación. El naufragio del Titanic ponía de relieve, en cierto sentido, el fraude de ese *way of life*⁵ ateo y hedonista.

El mundo de hoy: un «nuevo Titanic»

Tan sólo 660 personas de las más de 2000 que habían embarcado en Southampton sobrevivieron al naufragio. Pero ¡ay!, ¡cuántas oportunidades hubo de evitar o minimizar tan enorme catástrofe!

Si los comandantes les hubieran dado verdadera importancia a los

mensajes recibidos el domingo alertándoles sobre los icebergs... Si la presencia de prismáticos en el equipo de los vigías les hubiera permitido avisar un minuto antes aquel enorme bloque de hielo... Si la tripulación hubiera sido entrenada para actuar correctamente en aquella emergencia... Si los pasajeros hubieran creído en el peligro inminente... ¡Cuántas de esas 1500 vidas perdidas no se podrían haber salvado!

Ahora bien, ¿quién sabe si, a semejanza de lo ocurrido milenios antes en la Torre de Babel, Dios no habría permitido que, en el hundimiento del Titanic, el hombre fuera víctima de su propio orgullo? ¿No habrá consentido Él en ese fracaso como un merecido castigo a la arrogancia humana de principios de siglo, que osaba desafiar al Creador con sus conocimientos científicos?

Analogías no faltan tampoco entre los días de hoy y el naufragio del

poderoso buque. Ante la decadencia moral, social e intelectual en que vivimos inmersos, antes las cada vez más frecuentes catástrofes naturales sean o no causadas por el ser humano, ante las pandemias y misteriosas enfermedades que amenazan al mundo entero, el hombre hodierno insiste en quedarse mirando hacia sí mismo.

Y «ese optimismo a toda prueba, que no se altera ante las más evidentes manifestaciones de que las cosas van mal, indica una insensibilidad ante los planos de la Providencia y, en último análisis, un divorcio entre los hombres y Dios»⁶.

La humanidad ya ha recibido numerosas advertencias con respecto al peligro que la amenaza. La principal de ellas fue dada por la propia Virgen Santísima en Fátima, pocos años después del episodio histórico que acabamos de recordar. ¿Habrá sido Ella escuchada por los que se dicen hijos suyos? ¿O los hombres creen, como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la Historia, que la «poderosa embarcación» del mundo es «insubmergible» como supuestamente lo era el Titanic?

Lo cierto es que, desde la expulsión de nuestros primeros padres del paraíso terrenal, Dios juró que la estirpe de la Virgen vencería a la de la serpiente. Y por eso Nuestra Señora prometió: «¡Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará!».

No nos preocupemos, por tanto, con la solidez de nuestro navío, ni con la violencia de las olas que lo sacuden en medio de la victoria, ni con los icebergs traicioneros. Sean cuales fueren las dificultades que encontremos a lo largo del camino, la promesa de María Santísima nos garantiza el éxito de la travesía. ✧



¡Cuántas oportunidades hubo de evitar o minimizar tan enorme catástrofe!

El hundimiento del Titanic - Grabado de Willy Stöwer

¹ Período comprendido entre los años 1890 y 1914, caracterizado por la prosperidad económica y cultural inmediatamente

te anterior a la Primera Guerra Mundial.

² Cf. VALLS SOLER, Xavier. *Titanic: el naufragio del orgullo*. In: www.lavanguardia.com.

³ Ídem, ibídem.

⁴ UNITED STATES SENATE INQUIRY. *Testimony of Samuel Hemming*, 25 abr. 1912. In: www.titanicinquiry.org

⁵ Del inglés: estilo de vida.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 25/7/1969.

Un reclinatorio, un altar, un confesionario

¿Por qué el santo padre Pío atrajo y atrae a tantas almas? Tal vez porque su vida estuvo enteramente dedicada a la oración, a la celebración del Santo Sacrificio y a la administración del sacramento de la Penitencia.



P. Fernando Néstor Gioia Otero, EP

Pietrelcina es una ciudad del sur de Italia, rodeada de tierras fértiles, pero rocosas. Aún hoy se puede caminar por sus estrechas calles, de pavimento irregular, y sentir la atmósfera de los tiempos de otrora.

El 25 de mayo de 1887 fue testigo del nacimiento de un niño, bautizado con el nombre de Francisco, que con el paso de los años sería conocido en toda la tierra.

Hablamos del «mártir del confesionario», que poseía el don de leer las conciencias y que pasaba de diez a quince horas al día administrando el sacramento de la Reconciliación; del sacerdote perseguido, al que llegaron a prohibirle durante algo más de dos años el celebrar su Misa diaria en público, el confesar e incluso el dar consejos espirituales a quienes se lo solicitaban; del religioso que guardó obediente silencio ante tal situación; del fraile capuchino buscado por multitudes procedentes de todo el mundo: San Pío de Pietrelcina.

A todo eso hay que sumarle el hecho de que recibió en sus manos, pies y costado el signo patente, sobrenatural y doloroso de los estigmas, los

cuales le marcaron su vida y su apostolado durante cincuenta años.

«Solamente soy un pobre fraile que reza»

Acerca de este monje estigmatizado, que asombró y aún asombra



Pasaba de diez a quince horas al día administrando el sacramento de la Reconciliación

San Pío oyendo confesiones en San Giovanni Rotondo, alrededor de 1960

al mundo entero, comentaba el Papa Pablo VI: «¡Mirad qué fama ha tenido! Pero ¿por qué? Porque celebraba la Misa con humildad, confesaba desde la mañana a la noche y era un representante visible de las llagas de nuestro Señor. Era un hombre de oración y de sufrimiento»¹.

Uno de sus biógrafos así resume su existencia: «un reclinatorio, un altar, un confesionario»². Estas tres palabras indican los lugares donde pasó la mayor parte de sus días, dedicados a la oración, a la celebración de la Santa Misa y a la atención de miles de penitentes que se arrodillaban para pedir perdón, así como una luz en el camino de sus vidas.

El padre Pío oraba en todo momento y en todos los sitios. Esa era la fuente de donde sacaba fuerzas. «¿Qué quiere toda esa gente de mí? Solamente soy un pobre fraile que reza», decía de sí mismo.

Vivía de la Misa y para la Misa

Las Misas celebradas por el padre Pío constituían un maravilloso espectáculo de piedad y de fe. Subía al altar sin los guantes que normalmente le tapaban los estigmas de las manos, y quien pudo contemplarlo en



Se dice que el padre Pío vivía de la Misa y para la Misa

San Pío celebrando la Santa Misa - Museo del Padre Pío, Pietrelcina (Italia). En la página siguiente, Santo Padre Pío - Capilla de la Universidad de Alcalá de Henares (España)

esas ocasiones jamás lo olvidará. Los fieles se agolpaban delante de la iglesia dos horas antes del comienzo del Santo Sacrificio, a fin de ocupar los primeros puestos, y todos salían habiendo crecido en devoción.

Se dice que el padre Pío vivía de la Misa y para la Misa. Al respecto, en la década de 1950, el embajador francés en la Santa Sede declaró: «Nunca en mi vida he asistido a una Misa tan desconcertante. Y, sin embargo, toda sencilla. [...] La Misa tomaba no sé qué proporciones inexplicables y se convertía en un acto absolutamente sobrenatural»³.

Más que oír sus homilias, los fieles acudían para participar en la celebración que era, de por sí, una predicación. Todos querían tener contacto con él. De camino al altar o al confesionario trataban de tocarlo, se amontonaban junto a él, le exponían sus tristezas, le pedían orientación.

Cuando, en septiembre de 1916, llegó a San Giovanni Rotondo —al «convento de la desolación», así llamado por un capuchino de la época debido al hecho de que muy pocos feligreses iban a su iglesia— nadie imagina-

ba que, años después, multitudes se dirigirían hacia allí deseosas de asistir a sus Misas y de confesarse. Anhelaban recibir consejos espirituales, resolver problemas familiares o incluso que les ocurriera algún milagro.

«Mártir» del sacramento de la Reconciliación

Los testimonios de penitentes que se confesaron con el padre Pío revelan cómo se mostraba severo con quien no estaba compenetrado de la gravedad de su pecado ni determinado a abandonarlo, y, al mismo tiempo, paternal, comprensivo y alentador con el que se arrepentía de sus flaquezas.

Algunos de los que acudían a él se encontraban con actitudes tal vez desconcertantes, pero eso no los desanimaba: invariablemente volvían a buscarlo. «Es pecado, es pecado», solía repetirle a quien recibía el sacramento de la Reconciliación: «cuando no queréis dejar de ofender a Dios, ¿qué venís a hacer aquí?», decía.

Los penitentes del padre Pío provenían no sólo de las ciudades vecinas, sino también de toda Italia y del extranjero. Como la cantidad aumen-

taba cada vez más, hubo que optar por repartir números para establecer turnos, llegando algunos días a prolongarse su disposición de atenderlos hasta dieciséis horas! En 1967 confesó a cerca de 15 000 mujeres y 10 000 hombres, unas 70 personas al día.

«Una muchedumbre de almas sedientas de Jesús cae sobre mis espaldas», comentaba. «No me dejan libre ni un momento». El don de leer las conciencias y escudriñar los corazones le hizo célebre: «Los conozco por dentro y por fuera», reconocía. A aquellos que hacía mucho tiempo no se confesaban les recordaba sus pecados olvidados.

El padre Pío pasó gran parte de su vida en el confesionario, oyendo miserias y dramas humanos con admirable paciencia. Realmente se le puede considerar como un «mártir» del sacramento de la Reconciliación. «Me encuentro bien, pero estoy sobrecargado a causa de centenares y millares de confesiones que escucho día y noche. No tengo un instante para mí», declaró en cierta ocasión.

Enviado por Dios para convertir a los hombres

Exhausto por su generosa entrega a sus hermanos, el capuchino estigmatizado expiró en la madrugada del 23 de septiembre de 1968, con el rostro sereno y el rosario en las manos. Tenía 81 años.

Benedicto XV, el Papa que gobernaba la Iglesia cuando la fama del padre Pío empezaba a extenderse por Italia, lo describió como «un hombre verdaderamente extraordinario, que Dios envía de cuando en cuando a la tierra para convertir a los hombres»⁴.

El día de su canonización, San Juan Pablo II afirmó: «El padre Pío fue generoso dispensador de la misericordia divina, poniéndose a disposición de todos a través de la acogida, de la dirección espiritual y especialmente de la administración del sacramento de la Penitencia».⁵ ✧

¡Oh santo y saludable pensamiento!

Recuerde a menudo la presencia de su ángel de la guarda. Es necesario mirarlo con el ojo del alma; agrádzcale, pídale, respételo. Tenga continuo temor de ofender la pureza de su mirada.

San Pío de Pietrelcina

¡Oh Rafaela, cuánto consuelo saber que uno está siempre bajo la custodia de un espíritu celeste, quien no nos abandona ni siquiera (algo admirable) en el momento en que damos disgusto a Dios! ¡Cuánto endulza el alma cristiana esta gran verdad!

¿De qué puede temer entonces el alma que se dedica a amar a Jesús, teniendo siempre a su lado tan insigne guerrero? ¿O no fue quizás él uno de aquellos que junto a San Miguel lucharon allá en el Paraíso defendiendo el honor de Dios contra Satanás y contra todos los espíritus rebeldes y finalmente los llevaron a la pérdida y los relegaron al infierno?

Bien, sepan que él es todavía poderoso contra Satanás y sus emisarios, su caridad no se redujo, y nunca dejará de defendernos. Tomen el buen hábito de pensar siempre en él. Que cerca nuestro hay un espíritu celestial, quien desde la cuna hasta la tumba no nos deja ni un instante, nos guía, nos protege, como un amigo, un hermano y siempre logra consolarnos, especialmente en los momentos más tristes para nosotros.

Sepa, oh Rafaela, que este buen ángel reza por todos: ofrece a Dios todas las buenas obras que realizan sus deseos santos y puros. En el momento en que le parece que está sola y abandonada no se lamenta de no tener un alma amiga a quien poder abrirse y a quien confiar sus dolores: por favor, no se olvide de este compañero invisible, siempre pronto a escuchar, siempre listo para consolar.



¡Oh deliciosa intimidad, oh beata compañía! ¡Oh, si todos los hombres supieran comprender y apreciar este grandísimo don que Dios, en el exceso de su amor por los hombres nos dio a través de este espíritu celestial!

Recuerde a menudo su presencia: es necesario mirarlo con el ojo del alma; agrádzcale, pídale. Él es tan delicado, tan sensible; respételo. Tenga continuo temor de ofender la pureza de su mirada.

Invoque a menudo a este ángel custodio, a este ángel benefactor, repita frecuentemente la bella oración: «Ángel de Dios, que eres mi custodio, en ti confío por la bondad del Padre celestial: ilumíname, custódiame, ahora y por siempre».

¡Cuán grande será, oh mi querida Rafaela, el consuelo cuando, en el momento de la muerte, su alma vea a este buen ángel que la acompañó a lo largo de la vida, y le prodigó maternos cuidados! ¡Oh! ¡Que este dulce pensamiento la haga siempre más amante de la cruz de Jesús, siendo también esto lo que quiere el buen ángel! El deseo de ver a este inseparable amigo de toda la vida enciende en usted también aquella caridad que la mueva a desear dejar rápidamente este cuerpo.

¡Oh santo y saludable pensamiento que es el de ver a éste nuestro buen ángel! ✧

«Carta a Rafaela Cerase», apud: *PREZIUSO, Gennaro. Padre Pío.*

2.ª ed. Buenos Aires: Ciudad Nueva, 2011, pp. 218-219.

¹ SAN PABLO VI. *Audiencia con los superiores de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos*, 20/2/1971.

Pietrelcina. Perfil biográfico. San Giovanni Rotondo: Padre Pío da Pietrelcina, 2018, p. 172.

Padre Pío – De la condena del Santo Oficio al esplendor de la verdad. Bogotá: Paulus, 2010, p. 292.

⁵ SAN JUAN PABLO II. *Homilía en la ceremonia de canonización del Beato Pío de Pietrelcina*, 16/6/2002.

² DE RIPABOTTONI, OFM Cap, Alejandro. *Padre Pío de*

³ D'ORMESSON, Wladimir, apud BOUFLET, Joachim.

⁴ DE RIPABOTTONI, op. cit., p. 81.

Apolo: ¿quién fue?



Reproducción

Las pocas alusiones de las Escrituras con respecto a esa misteriosa figura, sumadas a los comentarios y las deducciones de los exegetas, nos desvelan una personalidad llena de humildad, modestia y fe.



Marcelo Soares Teixeira da Costa

El momento en que la figura de Apolo aparece en los Hechos de los Apóstoles coincide, probablemente, a finales del año 52 o principios del 53, época de plena expansión de la Iglesia. Aunque no había pasado mucho tiempo de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo —menos de veinte años— ya se podían encontrar comunidades cristianas esparcidas por toda la región del Mediterráneo e incluso más allá!

San Pedro, el primer Papa, se había mudado a Roma hacía cerca de una década. En ese mismo período San Pablo iniciaba el último de sus tres viajes apostólicos. Salió de la ciudad de Antioquía —el «cuartel general» desde donde solía empezar sus jornadas— y recorrió «sucesivamente Galacia y Frigia, animando a los discípulos» (Hch 18, 23).

San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, es quien nos relata las epopeyas de esos dos varones, pilares de la Iglesia. Sin embargo, en el decimoctavo capítulo de su obra in-

terrumpe la narración para poner los ojos en otro sitio...

Primera mención respecto de Apolo

El autor de los *Hechos* dirige nuestra atención hacia la ciudad portuaria de Éfeso, situada a poca distancia de donde se encontraba el Apóstol y en la cual existía también una comunidad cristiana. San Pablo estuvo allí no hacía mucho tiempo y había dejado a dos grandes amigos y discípulos suyos: el matrimonio Priscila y Áquila.

En aquel lugar apareció un personaje que despertaba interés: «Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y muy versado en las Escrituras. Lo habían instruido en el camino del Señor y exponía con entusiasmo y exactitud lo referente a Jesús, aunque no conocía más que el bautismo de Juan» (Hch 18, 24-25).

San Marcos había fundado una comunidad aún incipiente en Alejandría, ciudad costera de Egipto, próxi-

ma a Israel. Se supone, con razón, que Apolo fuera tan sólo un catecúmeno, que no había recibido más que el bautismo de Juan, pública invitación a la penitencia y preparación para el verdadero Bautismo cristiano.¹

Apolo era un hombre impertérrito. Empezó a predicar con valentía en la sinagoga y la ortodoxia de su doctrina —aunque incompleta—, sumada al coraje con que hablaba, lo convirtió en una atracción en la ciudad. Priscila y Áquila, tras ser informados acerca de aquel personaje insólito, decidieron asistir también a uno de sus discursos y se llevaron muy buena impresión: «Cuando lo oyeron Priscila y Áquila, lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más detalle el camino de Dios» (Hch 18, 26).

El texto sagrado deja trasparecer aquí un detalle muy bonito de la personalidad de Apolo: su humildad. Incluso siendo un hombre extremadamente elocuente y versado en las Escrituras, no dudó en ponerse, como un niño, en la escuela de aquellos discípulos. Es probable que en este mo-

mento ya estuviera bautizado, tal vez por manos del propio Áquila.

Sobre esa actitud de Apolo, se expresa bellamente Mons. Gaume: «Dios bendijo esa predisposición, como bendice siempre a las almas humildes»². De hecho, Apolo hizo un bien enorme a la comunidad de Éfeso. No obstante, se sentía inspirado a predicar en otra ciudad, donde también había un grupo de cristianos: Corinto.

Ante esa moción de la gracia, «los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos de allí que lo recibieran bien» (Hch 18, 27). Apolo embarcó enseguida hacia su destino, donde grandes pruebas lo esperaban...

Proficuo apostolado en Corinto

Corinto era una de las ciudades más importantes del Imperio romano. Situada en el istmo que une Peloponeso con el continente, tenía un doble puerto que le proporcionaba un intenso movimiento comercial. Los estudiosos estiman que el número de sus habitantes estaría en torno a cien o doscientos mil.

Para esa época, tal número significaba una cifra bastante considerable.³ Sin embargo, esa prosperidad, sumada al acentuado movimiento de viajeros, acabó creando un ambiente de gran desenfreno moral. «Corin-

to era algo así como la capital de la lujuria en el mundo mediterráneo».⁴

Pese a ello, el apóstol San Pablo había fundado en aquella ciudad una de sus comunidades más grandes, entre los años 50 y 51, en donde permaneció por lo menos un año y medio (cf. Hch 18, 11). A lo largo de ese período, enfrentó duros sufrimientos y fuertes oposiciones por parte de los judíos que vivían allí. Sus sin sabores llegaron a tal extremo que el mismo Jesús quiso aparecérselo para animarlo: «No temas, sigue hablando y no te calles, pues yo estoy contigo, y nadie te pondrá la mano encima para hacerte daño, porque tengo un pueblo numeroso en esta ciudad» (Hch 18, 9-10).

Ese era el contexto con el cual se topó Apolo, prácticamente un año

Apolo hizo un bien enorme a la comunidad de Éfeso. No obstante, se sentía inspirado a predicar en otra ciudad

después de la salida de San Pablo.⁵ Sin embargo nada de eso desalentó a aquel gran predicador: «Una vez llegado, con la ayuda de la gracia, contribuyó mucho al provecho de los creyentes, pues rebatía vigorosamente en público a los judíos, demostrando con las Escrituras que Jesús es el Mesías» (Hch 18, 27-28).

Bien instruido respecto a las verdades evangélicas, Apolo predica en Corinto con el mismo éxito que había obtenido en Éfeso, llegando a convertirse en obispo de aquella ciudad.⁶

Absurda disputa

En realidad, su popularidad entre los fieles de Corinto creció de tal forma que terminó suscitando una especie de división: unos decían ser de Pedro, otros de Pablo, otros de Apolo, otros de Cristo...

Esa absurda actitud tuvo varias causas, y la primera de ellas fue la superficialidad de los propios corintios. ¿Cómo pudieron llegar a igualar a los Apóstoles con el Señor hasta el punto de equiparar la autoridad de aquellos con la de Él? Es difícil encontrar una respuesta.

La misma superficialidad hizo que los corintios, al ver la gran elocuencia de Apolo, lo creyeran superior a San Pablo, que predicaba de un modo más sencillo y sin em-



Fotos: Francisco Lecaros

Ruinas de la antigua Éfeso (Turquía). En la página anterior, ilustración del Menologio de Basilio II que representa a algunos de los 70 discípulos, entre ellos Apolo (segundo por la izquierda)

plear los recursos de la retórica (cf. 1 Cor 2, 1-5).

Como si eso no bastara, hallamos un factor externo: la creación de los partidos entre los corintios probablemente también sería inflada por ciertos judíos «conversos», que habían llegado a la ciudad poco después de Apolo y buscaban pretextos para atacar a San Pablo y su título de Apóstol (cf. 2 Cor 10, 9-10; 11, 5-7; 12, 11-13). La maldad de esos elementos infiltrados queda bien expresada en la segunda Carta a los corintios, en la cual son llamados «falsos apóstoles, obreros tramposos, disfrazados de apóstoles de Cristo» (11, 13).

Conviene recordar que Apolo no tuvo ninguna culpa en el surgimiento de la disputa. Si hubiera habido cualquier mala intención en su apostolado, podemos estar seguros de que San Pablo —hombre de carácter notablemente fogoso, intransigente y sincero— habría hecho críticas al respecto, como llegó a hacerlo incluso con relación a San Pedro (cf. Gál 2, 11). Sin embargo, vemos lo contrario: todas las referencias a

Apolo en las cartas paulinas muestran gran estima y confianza.

De cualquier forma, los partidos se habían constituido y la situación en Corinto se hizo insostenible. Fue entonces cuando Apolo decidió salir de la ciudad, para encontrarse con San Pablo en Éfeso.⁷

Encuentro con San Pablo

Al llegar en presencia del Apóstol, Apolo le contó toda la división que estaba sufriendo la comunidad de Corinto.⁸ Sus noticias vinieron a sumarse a las de varios otros discípulos.

Ante eso, San Pablo resuelve escribir su primera Carta a los corintios, en la cual, por una parte, los reprende por estar creando facciones y, por otra, muestra cómo Apolo fue su colaborador en la predicación del Evangelio: «Pues si uno dice “yo soy de Pablo” y otro, “yo de Apolo”, ¿no os comportáis al modo humano? En definitiva, ¿qué es Apolo y qué es Pablo? Servidores a través de los cuales accedisteis a la fe, y cada uno de ellos como el Señor le dio a entender. Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo

crecer; de modo que, ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que hace crecer» (3, 4-7).

La humildad del Apóstol, sumada al deseo de eliminar los partidos entre los corintios, hizo que declarara que su trabajo no valía nada. De hecho, sin el auxilio de la gracia, no hay apostolado que dé verdaderos frutos.

No obstante, es una inmensa gloria ser instrumento en las manos de Dios para anunciar el Evangelio. Y gloria también enorme es el secundar al gran doctor de los gentiles en su predicación. De esta manera, Apolo tuvo el insigne mérito de regar la semilla bendita que Pablo plantó.

En otro fragmento de esa misma carta encontramos datos aún más elocuentes: «Por lo que respecta al hermano Apolo, le he pedido encarecidamente que vaya a vosotros junto con los hermanos. Pero se ha decidido rotundamente que no vaya ahora; irá cuando sea oportuno» (16, 12).

Este pasaje deja trasparecer, en primer lugar, la confianza que San Pablo depositaba en Apolo. En la misma carta en que critica la división

Al escuchar el relato de Apolo, Pablo decide escribirle a los corintios, para reprenderles por estar creando facciones



El golfo de Salónica y el istmo de Corinto vistos desde el Acrocorinto

George E. Koronaios

¹ Cf. GAUME, Jean-Joseph. *Biographies Évangéliques*. Paris: Gaume e C^{ie}, 1893, v. II, p. 197.

² Ídem, *ibídem*.

³ Este número comprende únicamente a los hombres libres. Se estima que en Corinto ha-

bría también cerca de 400 000 esclavos (cf. LEAL, SJ, Juan et al. *La Sagrada Escritura. Texto y comentario por profesores de la Compañía de Jesús. Nuevo Testamento. Hechos de los Apóstoles y Cartas de San Pablo*. 2.^a ed. Madrid: BAC, 1965, v. II, p. 330). La Biblia de la

Universidad de Navarra habla de 100 000 habitantes, sin hacer referencia a los esclavos (cf. SAGRADA BIBLIA. *Nuevo Testamento*. Pamplona: EUNSA, 2004, p. 963).

⁴ TURRADO, Lorenzo. *Biblia Comentada. Hechos de los*

Apóstoles y Epístola a los Romanos. 2.^a ed. Madrid: BAC, 1975, v. VIa, p. 183.

⁵ Cf. TURRADO, Lorenzo. *Biblia Comentada. Epístolas paulinas*. 2.^a ed. Madrid: BAC, 1975, v. VIb, p. 3.

producida en torno a su persona, afirma que permitió su regreso a Corinto y, como si eso no fuera suficiente, *le pidió encarecidamente* que volviera. Pero Apolo no quería que las atenciones se desviarán de lo principal: Nuestro Señor Jesucristo.

Podemos concluir que el obispo de Corinto aceptaba con veneración la superioridad de Pablo, a quien el propio Jesús había elegido para que fuera el Apóstol de las gentes. Apolo se reconocía un mero pedagogo, mientras que el padre de la comunidad de Corinto *era San Pablo*. Por cierto, esa verdad también se encuentra mencionada en la carta, poco después de la reprensión sobre los partidos (cf. 1 Cor 4, 15-16).

Y esas fueron las razones por las que Apolo, como ejemplo de humildad, no quiso volver a Corinto.

Sumergido nuevamente en el misterio

Después de esos episodios, la figura del elocuente alejandrino desaparece otra vez. ¿Habría regresado a Corinto junto con San Pablo, en el año 57? Es posible, pero no hay documentos que nos den esa seguridad al respecto.

La próxima pista de Apolo data de mucho tiempo más tarde, cuando ya se acercaba el fin de la vida de San Pablo. Se trata de la última mención acerca de él en la Sagrada Escritura, encontrada en la Carta a Tito: «Provee con generosidad de cuanto sea necesario a Zenas el maestro de la ley y a Apolo, para que no les falte de nada» (3, 13).

Tito fue el primer obispo de Creta y, en esa época, residía en



Francisco Lecaros

San Pablo predicando en el areópago, por Liborio Guerini - Catedral de Faro (Portugal)

aquella isla.⁹ San Pablo le escribe para garantizar que Apolo y Zenas —de este último no se conoce nada más— fueran asistidos en su viaje. Una vez más vemos la estima que el Apóstol nutría por su elocuente colaborador.

A lo que parece, tanto Apolo como Zenas se encontraban por entonces con Pablo y debían tener que hacer algún viaje pasando por Creta, tal vez de regreso a Alejandría.¹⁰

Y aquí, el fogoso y elocuente predicador, discípulo y auxiliar del apóstol San Pablo, se sumerge nuevamente en el misterio. ¿Habría regresado una vez más a Corinto, para cuidar de su rebaño? ¿O acaso, ya próximo de la ancianidad, habrá permanecido hasta el final de sus días en Alejandría? ¿Por qué no fue galardonado oficialmente por la Iglesia con el título de santo?

*Apolo tuvo
el insigne
mérito de regar
la semilla
bendita que
Pablo plantó*

Dichas preguntas, de momento, siguen sin respuesta...

Sin embargo, por lo poco que conocemos de este personaje, cuyo nombre merece figurar en los Libros Sagrados, ya nos revela un ejemplo de humildad, modestia y fe, que el Espíritu Santo quiso concederle a la Iglesia hasta el fin de los tiempos. ✧

⁶ Cf. DÍDIMO EL CIEGO. Fragmentos a la primera Carta a los corintios. In: BRAY, Gerald (Dir.). *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Nuevo Testamento*. Madrid: Ciudad Nueva, 2001, v. VII, p. 264. Aunque Dídimos haya vivido casi tres siglos des-

pués de Apolo, su testimonio tiene un valor considerable, debido al hecho de ser natural de Alejandría, y coterráneo, por tanto, de éste. Además, no se encuentra en el Nuevo Testamento ni en Eusebio de Cesarea afirmaciones que contradigan ese dato.

⁷ No es posible establecer la fecha exacta en la que Apolo dejó Corinto, sin embargo, su marcha no fue posterior al año 57, pues en ese año fue cuando San Pablo dejó Éfeso (cf. TURRADO, *Biblia Comentada. Epístolas paulinas*, op. cit., pp. 4-5).

⁸ Cf. Ídem, p. 5.

⁹ Cf. EUSÉBIO DE CESAREA. *Historia Eclesiástica*. L. III, c. 4, n.º 5. Madrid: BAC, 2008, p. 124.

¹⁰ Cf. TURRADO, *Biblia Comentada. Epístolas paulinas*, op. cit., p. 424.

¡Bendito el día que la vio nacer!

El nacimiento del sol es una pálida imagen de la resplandeciente aurora que fue la aparición de María Santísima en esta tierra. ¡Bendito el momento en que vino al mundo la criatura virginal destinada a ser la Madre del Salvador!



Francisco Lecaros



Plinio Corrêa de Oliveira

El nacimiento de la Virgen María aportó a la humanidad algo desconocido hasta ahora: una criatura exenta de cualquier mancha, un lirio de incomparable hermosura que debería alegrar a los coros angélicos y a la tierra entera. En medio del destierro del género humano corrompido, aparecía un ser inmaculado, concebido sin pecado original.

Traía consigo todas las riquezas naturales que pueden caber en una mujer. Dios le concedió una personalidad valiosísima y su presencia entre los hombres representaba, también a ese título, un tesoro verdaderamente incalculable.

Ahora bien, si a los dones naturales le añadimos los inconmensurables tesoros de la gracia que la acompañaban —los más grandes que jamás hayan sido concedidos por Dios nuestro Señor— podremos entender el enorme significado de su venida al mundo. El nacimiento del sol es una pálida realidad en comparación con la resplandeciente aurora que fue la aparición de María Santísima en esta tierra.

La entronización más solemne de un rey o de una reina o los fenómenos más grandiosos de la naturaleza no son nada ante el nacimiento de la Virgen. En ese bendito momento, ciertamente saludado por la alegría de todos los ángeles del Cielo, se puede conjeturar que hayan surgido inusuales sentimientos de júbilo en las almas rectas esparcidas por el orbe; los cuales bien podrían ser expresados con una paráfrasis de las palabras de Job: «¡Bendito el día que vio nacer a Nuestra Señora, benditas las estrellas que la contemplaron pequeña, bendito el momento en que vino al mundo la criatura virginal destinada a ser Madre del Salvador!».

Su venida al mundo fue el inicio de nuestra redención

Si es posible decir que la redención de los hombres comenzó con el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, lo mismo se puede afirmar, guardadas las debidas proporciones, con relación a la natividad de María, pues todo lo que el Salvador nos trajo empezó con aquella que lo daría al mundo.

Entonces se entienden las esperanzas de salvación, indulgencia, reconciliación, perdón y misericordia que se le abrieron a la humanidad en aquel bendito día en que María nació en esta tierra de exilio. Momento feliz y magnífico, fue el marco inicial de la existencia insondablemente perfecta, pura y fiel de quien estaba destinada a ser la mayor gloria del género humano de todos los tiempos, por debajo de Nuestro Señor Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado.

Muchos teólogos afirman que la Virgen, al haber sido concebida sin pecado original, fue dotada de uso de razón desde el primer instante de su ser. En el seno de Santa Ana, donde vivía como en un sagrario, ya tendría, por tanto, altísimos y sublimísimos pensamientos.

Se puede trazar un paralelismo entre esa situación y lo que narra la Sagrada Escritura con respecto a San Juan Bautista. Éste, que había sido engendrado en el pecado original, al oír la voz de Nuestra Señora mientras saludaba a Santa Isabel se estremeció de alegría en el vientre de su madre.

Por consiguiente, es probable que la Bienaventurada Virgen, con la altísima ciencia que había recibido por la gracia de Dios, hubiera comenzado a pedir ya en el seno materno la venida del Mesías y que se estableciera en su espíritu el elevadísimo objetivo de llegar a ser, algún día, la servidora de la Madre del Redentor.

De cualquier manera, su mera presencia en la tierra era una fuente de gracias para los que se acercaban a Ella y a Santa Ana y lo sería aún más después de su nacimiento. Si de la túnica de Nuestro Señor, como narra el Evangelio, irradiaban virtudes curativas para quien la tocara, ¡cuánto más de la Madre de Dios, Vaso de elección!

Recién nacida y ya victoriosa sobre el demonio

Si la venida del Salvador derrotó al mal en el género humano, la nati-vidad de la Santísima Virgen marcó el inicio de la victoria del bien y del aplastamiento del demonio; él mismo percibió que parte de su cetro se habría roto irremediamente.

Nuestra Señora empezaba a influir en los destinos de la humanidad.

El mundo de entonces se hallaba hundido en el paganismo más radical, en una situación muy parecida a la de nuestros días: los vicios imperaban, las más variadas formas de idolatría habían dominado la tierra y la decadencia amenazaba a la propia religión judía, prenuncio de la católica. En todas partes el error y el demonio eran victoriosos.

Sin embargo, en el momento decretado por Dios en su misericordia

Ella surgirá en la noche de las pruebas y de las tinieblas más espesas, venciendo desde el inicio las dificultades a las que nos estuviéramos enfrentando

Él derrumbó la muralla del mal, haciendo que María viniera al mundo. Del tronco de Jesé brotaría el divino lirio, Nuestro Señor Jesucristo. Con su nacimiento había comenzado la irreversible destrucción del reino de Satanás.

El «nacimiento» de María en nuestra vida espiritual

Ese primer triunfo de Nuestra Señora sobre el mal nos sugiere otra reflexión.

¡Cuántas veces, en nuestra vida espiritual, nos vemos inmersos en la lucha contra las tentaciones, contorciéndonos y revolviéndonos en dificultades! Y ni siquiera tenemos idea de cuándo vendrá el bendito día en que una gran gracia, un insigne favor, pondrá fin a nuestros tormentos y luchas, proporcionándonos, por fin, un gran progreso en la práctica de la virtud.

En ese momento se verificará como un nacimiento de la Santísima Virgen en nuestras almas. Surgirá en la noche de las mayores pruebas y de las tinieblas más espesas, venciendo desde el inicio las dificultades a las que nos estuviéramos enfrentando. Se



El nacimiento de la Virgen, por Giotto di Bondone - Capilla degli Scrovegni, Padua (Italia).
En la página anterior, ángeles venerando a la Virgen recién nacida - Catedral de San Pedro, Condom (Francia)

Gustavo Kraij

levantará como una aurora en nuestra existencia, pasando a representar en nuestra vida espiritual un papel hasta entonces desconocido por nosotros.

Ese pensamiento nos debe llenar de alegría y de esperanza, y darnos la certeza de que Nuestra Señora nunca nos abandona. En las horas más difíciles, como que irrumpe entre nosotros, resolviendo nuestros problemas, aliviando nuestros dolores y dándonos la combatividad y el coraje necesarios para que cumplamos nuestro deber hasta el final, por más arduo que éste sea. El mayor consuelo que Ella nos trae es precisamente ese fortalecimiento de la voluntad, que nos permite emprender la lucha contra los enemigos de nuestra salvación.

Aurora en la trama de la Historia

La Virgen también nos da fuerzas para que nos convirtamos en celosos hijos de la Iglesia y defensores de la religión católica. Existen elementos históricos para afirmar que todas las grandes almas que combatieron las distintas herejías a lo largo de los siglos fueron especialmente suscitadas por Ella. Así lo insinúa de un modo muy bonito el blasón de los Claretianos, donde, además del Inmaculado Corazón de María, figuran San Miguel Arcángel y la divisa: «Sus hijos se levantarán y la proclamarán Bienaventurada».

¿Ese levantarse de los devotos de la Santísima Virgen para glorificarla no es también una forma de su nacimiento, como magnífica aurora, en la trama de la Historia?

Así pues, los verdaderos hijos de Nuestra Señora deben desear y pedirle a Ella la gracia de ser indomables e implacables contra el demonio y sus secuaces que, en nuestros días, tratan de cubrir de inmundicias la gloria de la inmortal Iglesia de Cristo. ✦

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista «Dr. Plinio». São Paulo. Año II. N.º 18 (set, 1999); pp. 13-15.

El santísimo nombre de María

Búsquesele a la Virgen un nombre que pueda sustituir a «María» y no lo encontraremos. Cuando glorificamos ese nombre, exaltamos el sentido más profundo de su persona.

Plinio Corrêa de Oliveira

Las consideraciones sobre el nombre de María Santísima que hoy vamos a tejer deben empezar por el análisis de lo que significa el nombre de una persona.

Imágenes de la perfección de Dios

Sabemos por la Sagrada Escritura (Gén 2, 18-20) que Dios hizo desfilar a todos los animales delante de Adán y él, después de observar a cada uno, les dio un nombre que definía su ser y correspondía al sentido más profundo de su naturaleza.

Cualquier animal, por más pequeño que sea, es un ser extremadamente rico, porque está vivo, se mueve por sí

mismo y, más que eso, refleja aspectos de la perfección infinita de Dios.

Tomemos, por ejemplo, al águila. Espléndida ave a la que le es propio ostentar sus garras, sus grandes alas, su fuerza y su ímpetu. Estos atributos, no obstante, simbolizan en el plano físico cierta cualidad de Dios que su anatomía y fisiología concurren a expresar.

Adán, al conocer e interpretar esas cualidades, resumió en la palabra «águila» el simbolismo de esa perfección del Creador. Y así lo hizo con todos los demás animales, cuyo nombre sintetiza el sentido más profundo de ese reflejo de un determinado aspecto de Dios.



Gustavo Kraij

Águila de cabeza blanca fotografiada en la provincia de Toronto (Canadá)

Adán le dio un nombre a cada animal que definía su ser y correspondía al sentido más profundo de su naturaleza



Sagrado Corazón de Jesús - Casa Monte Carmelo, Caieiras (Brasil)

Al exaltar el nombre María damos gloria a Dios

Si así ocurre con los animales, con mayor razón sucede con Nuestra Señora.

Habiendo sido concebida sin pecado original, fue llamada «María» porque en Ella se armonizaban en grado super excelente todas las cualidades propias a quien estaba destinada a ser Madre del Verbo de Dios. Ese nombre significa, por tanto, de una manera misteriosa, el conjunto de los aspectos infinitamente perfectos de Dios que Ella representa de un modo tan especial.

Como consecuencia, cuando exaltamos el nombre de María, estamos glorificando ese sentido más profundo de su persona y glorificamos también a Dios mismo de forma magnífi-

ca al alabarlo en la figura de su Madre amadísima.

Nombres perfectos para Jesús y María

Cabe resaltar, finalmente, la maravillosa e insondable relación que existe entre el nombre y la persona con respecto a Jesús y a María.

¿Habría otro nombre en la faz de la tierra que pudiera ser dado a Nuestro Señor? Aunque, como ya he dicho, la cuestión es un tanto insondable, desde mi punto de vista Él sólo podría llamarse Jesús. Imaginemos que recibiera de los nombres consagrados por grandes santos, como Francisco, Antonio, Juan... No encargarían. ¡Su nombre es Jesús!

Lo mismo se puede decir con relación a Nuestra Señora. Búsqese un nombre que puede substituir el suyo y no se encontrará.

Los nombres de Jesús y de María están misteriosamente vinculados al sentido más profundo de la naturaleza humana de Nuestro Señor y de su Madre Santísima. Ambos constituyen un lindo conjunto y cuando, al final de una carta, firmamos con «*in Iesu et Maria*», en Jesús y María, percibimos entre esos dos nombres una afinidad tal que evoca la perfecta armonía entre dos maravillosas notas musicales.

Los nombres de Jesús y de María están misteriosamente vinculados al sentido más profundo de la naturaleza humana de Nuestro Señor y de su Madre Santísima



Inmaculado Corazón de María - Convento de Santa Clara, Guernica (España)

Razón de ser de la fiesta del nombre de María

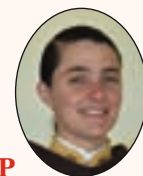
Todo esto nos hace comprender mejor los motivos que llevaron a la Iglesia a instituir una fiesta litúrgica para el sacratísimo nombre de Jesús, celebrada en enero, y otra para el santísimo nombre de María, el 12 de septiembre.

Siendo el nombre símbolo y definición de quien lo posee, cuando el Verbo Encarnado considera en sí la unión de las dos naturalezas en una sola persona, o cuando el Padre eterno o el divino Espíritu Santo consideran en el Hijo esa unión, se les ocurre el nombre de «Jesús». Y cuando contemplan a Nuestra Señora, les viene el nombre de «María». ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de la revista «Dr. Plinio». São Paulo. Año XI. N.º 126 (set, 2008); pp. 24-29.

Íntima amiga del Sagrado Corazón de Jesús

Los que buscan agradar a Dios sin reservas, en todo momento y en cualquier situación, atraen sobre sí la mirada divina y reciben del Sagrado Corazón de Jesús el mayor afecto y cuidado.



Hna. Daniela Ayau Valladares, EP

Reproducción



Imaginemos que nos adentramos en la biblioteca de un monasterio, nos dirigimos a la sección de hagiografía y hallamos un libro titulado *Los amigos de Dios*. Se trata de una obra misteriosa, escrita por manos angélicas, que nos presenta la Historia bajo el único prisma desde el cual merece la pena considerar cualquier acontecimiento: la mirada del Altísimo.

Esta preciosidad condensa a la vez la narración de hazañas grandiosas y trágicas, corrientes e increíbles, gloriosas y terribles de almas que se convirtieron en robles de santidad ante los Cielos y ante toda la humanidad.

Con el volumen en las manos, enseguida ya en el primer capítulo, nos encantamos con el inocente candor y la profética fortaleza de los pastorcitos de Fátima, de los videntes de La Salette o de la joven ovejera de Masabielle, quienes recibieron la gracia de contemplar a la Santa Madre de Dios y oír de Ella palabras que

marcarían el rumbo de los siglos futuros.

Hojeándolo, también vibramos de entusiasmo con la vocación de augustos personajes como los monarcas Fernando III, rey de Castilla y León, Luis IX, rey de Francia, o La Doncella de Orleans, Santa Juana de Arco, que brillaron en el firmamento de la cristiandad más por el esplendor de su alma que por el centelleo de sus espadas en defensa de su patria y, sobre todo, de la fe. La integridad con la que empuñaban la tizona les confirió la misión de guiar a naciones enteras a la luz de las enseñanzas de la Santa Iglesia; y ésta, en agradecimiento, los proclamó modelos de santidad.

En capítulos siguientes resuenan en nuestros oídos las predicaciones del *Poverello* de Asís con las que exhorta a la Edad Media a abrazar la pobreza, en un completo rechazo al mundanismo; llegan hasta nosotros los «ladridos» del «perro del Señor»,

Santo Domingo de Guzmán, que avanza sin temor sobre los heresiarcas que atentan contra la doctrina católica; incluso conseguimos degustar un poco la impecable lógica de San Ignacio de Loyola.

Continuamos pasando las hojas de nuestro maravilloso libro hasta que, casi al final, nos encontramos con un título que llama sobremanera nuestra atención: *Los íntimos del Señor*. Este capítulo trata de un cierto tipo de almas sobre las que poco o casi nada se podría decir de ellas, pues su virtud heroica les mereció la honra de los altares, pero la belleza de sus vidas resplandeció tan sólo ante Dios.

En una elocuente inspiración, el autor cita el famoso lema de los requetés españoles: «Ante Dios nunca serás héroe anónimo», y brevemente reseña la trayectoria terrena de San Rafael Arnáiz, San Bruno y otros muchos. Entonces, como movidos por una súbita atracción, fijamos los ojos en el siguiente título: *La santa escondida con*

*Cristo en Dios: Santa Teresa Margarita Redi.*¹

La pregunta que a estas alturas surge en nuestra hipotética lectura no es tanto: «¿qué hizo de grandioso?», sino más bien: «¿qué hizo para entrar en la intimidad de Dios?».

Piadosa formación bajo la égida paterna

La pequeña y bella ciudad de Arezzo vio a la segunda de los trece hijos de Ignacio Redi y Camila Balatti llegar al mundo el 15 de julio de 1747. En las aguas bautismales recibió el nombre de Ana María.

Debido al prestigio de la familia Balatti, que pertenecía a la nobleza de la ciudad de Siena, y al cargo que ostentaba Ignacio Redi como gran maestro de la Orden militar de San Esteban, la niña tuvo una infancia tranquila, orgánica y reglada por los actos de piedad que la tradición dictaba. Desde su más tierna infancia había sido un receptáculo de gracias que fueron preparándola con mucha antelación para la misión que Dios le había reservado.

El primer instrumento usado por la Providencia para delinear su camino espiritual fue su propio padre, varón contemplativo y piadoso. A menudo se la llevaba a pasear, terminando en la iglesia de los Capuchinos; durante el trayecto le enseñaba a rezar la Salve y las letanías, así como a buscar al Creador en el bellísimo paisaje toscano: en las flores, en las aves, en el cielo... ¡en todo! Así, Ignacio Redi incentivaba a su pequeña a «sorprender» a Dios en cada una de sus criaturas.

A su formación cristiana también contribuyó la influencia de su tío Diego, sacerdote de la Compañía de Jesús. Sería quien, años más tarde, introduciría a Ana María en la devoción que conquistó su entusiasmo y a la cual consagró su vida: el Sagrado Corazón de Jesús.

La costumbre de la época recomendaba que las niñas fueran edu-

cadadas en un convento y que su tutora fuera alguna de las monjas. Allí recibían la formación necesaria para convertirse en buenas damas cristianas o, quizá, si se manifestaba la vocación para tal, religiosas de esa misma casa. De modo que cuando Ana María cumplió los 9 años sus progenitores la enviaron al monasterio benedictino de Santa Apolonia, en la ciudad de Florencia.

Durante siete años quiso Dios mantener escondida en aquel claustro a la pequeña piedra preciosa que Él mismo tallaba para sí. Causa admiración que uno de los pocos testimonios de la época que se conservan sobre ella refiera: «Era una niña buena y corriente; nada de extraordinario se notaba en su comportamiento»².

Dios la destinaba, desde la más tierna juventud, a pasar desapercibida ante los hombres a fin de que brillara únicamente para Él.

Peligro a la vista: el jansenismo

Con la explosión de la herejía jansenista, hecha de un moralismo rígido, formal y sombrío, gran parte de la sociedad de la época fue corroída por su veneno y, en consecuencia, dominada por la consideración casi exclusiva de la justicia de Dios, en detrimento de otra de sus perfecciones, la bondad.

La fría y corrosiva lava de Jansenio se introdujo hasta en los claustros y monasterios, amenazando con formar generaciones de religiosos que solamente temieran al Señor y se olvidaran de la práctica del primer mandamiento: «Amar a Dios sobre todas las cosas».

Fue en ese momento de la vida de Ana María cuando la Divina Providencia reavivó en su alma las enseñanzas de su padre y de su tío Diego, ambos fervorosos entusiastas de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que surgía tímidamente en Francia. Incluso rodeada por un ambiente en que se concebía a Dios como juez implacable, el amor tiernísimo que bro-

taba del Divino Corazón la atraía y la fortalecía en un propósito hecho en su infancia: agradar a Dios en todo.

Esa devoción fue la puerta por la cual el Altísimo quiso abrir su intimidad para con Ana María y el sólido fundamento que le permitió mantener intacta su fe en medio de los desvíos del jansenismo.

Ana María configuró su vida espiritual en la contemplación del misterio del Sagrado Corazón de Jesús, especialmente bajo las especies eucarísticas, e hizo del altar sus delicias. Llegaba a permanecer largas horas casi inmóvil en un diálogo místico con aquel que «tanto amó a los hombres».

Las superiores del convento de Santa Apolonia, al constatar la propensión de la joven a elevarse hacia las cosas sobrenaturales, imaginaron que en breve tendrían una novicia más en su comunidad. Pero Dios le había reservado a esta hija suya una relación aún más profunda con su Sagrado Corazón, dentro de la austeridad y del silencio.

Curioso llamamiento a la vocación

En septiembre de 1763 una alumna del colegio de Santa Apolonia



Francisco Lecaros

«Soy Teresa de Jesús y te quiero entre mis hijas»

Santa Teresa de Jesús
Monasterio de San José, Ávila (España)

se presentó en la puerta del establecimiento para despedirse de sus antiguas maestras. Coterránea de Ana María y perteneciente a una de las familias de la alta sociedad de Arezzo, Cecilia Albergotti había decidido ingresar en el Carmelo a fin de buscar allí su propia santificación y servir mejor a la Iglesia.

La palabra «Carmelo» resonó en el alma de Ana María con un timbre de misterio y atracción irresistible. Tal vez le recordara las proezas de San Elías, la promesa de la venida de la Santísima Virgen al mundo y la invitación a la íntima convivencia con el Cielo a través de la radicalidad, la soledad y la contemplación.

Mientras conversaba con Cecilia, Ana María oyó místicamente, con los sentidos interiores, una voz nítida y clara que le dijo: «Soy Teresa de Jesús y te quiero entre mis hijas»³. Asustada, corrió hacia el altar para refugiarse en el Sagrado Corazón de Jesús, pero, para su sorpresa, al llegar allí la voz se manifestó de nuevo y, esta

vez, sin margen de duda: «Soy Teresa de Jesús y te quiero entre mis hijas; en breve estarás en mi monasterio»⁴.

Ahora bien, la herencia espiritual dejada por Santa Teresa de Ávila se basa en el despojo de las cosas terrenales para volar sin trabas rumbo a los absolutos celestiales. El llamamiento que Santa Teresa les hace a cada una de sus hijas está, en todo, lejos de ser fácil y cómodo. Y quizá sea esa precisamente la razón por la cual atrae a tantas almas sedientas de heroísmo en la entrega de sí mismas a Dios.

La decisión de la joven Ana María de hacerse carmelita sorprendió no sólo a sus maestras, sino también a su familia. Y le acarrió un período de prueba por parte de sus parientes, que nutrían secretos deseos de que entrara en la Orden benedictina.

Ignacio Redi, hombre prudente y devoto, quiso poner a prueba a su hija en las virtudes que le serían exigidas por la rígida Orden carmelita. Por eso la obligó a esperar largos meses, durante los cuales examinó su docilidad, solicitud, obediencia y, finalmente, incluso su fe. La última de las pruebas consistió en un auténtico interrogatorio hecho por tres ilustres eclesiásticos que, tras analizarla, concluyeron que el Carmelo era el mejor lugar para que ella amara, sirviera y glorificara a Dios.

Después de ese duro período, en que el tiempo y la espera actuaron como inclementes verdugos, se despidió por fin de los suyos e ingresó en el «jardín de Dios», en Florencia.

En el Carmelo, otra «Teresa» más

Frecuentemente, el comienzo del camino de un religioso por la vía que Dios le ha trazado va acompañado de abundantes gracias primaverales; la gracia se aprovecha de los más pequeños hechos, circunstancias y personas para desplegar la belleza del ideal que ha de seguir.

El ingreso en el Carmelo le pareció la entrada en el paraíso terrenal.

En sus escritos llama a sus compañeras de hábito de «ángeles» y registra que se considera indigna de estar junto a ellas.

Ahora bien, la comunidad en cuestión estaba compuesta en su mayoría por religiosas de avanzada edad, que veían en la joven novicia la esperanza de continuidad de aquel Carmelo, pero también la oportunidad de satisfacer mezquinos egoísmos.

La grandeza de alma de Ana María no se vio debilitada ante los malos tratos que recibió por parte de algunas de sus hermanas de vocación. Por el contrario, supo, con ayuda de la gracia, valerse de esas pequeñas cruces para ofrecerle a Dios un sacrificio de agradable olor que la configuraba cada vez más con el Sagrado Corazón de Jesús, víctima de los pecadores.

Superada la etapa del noviciado llegaba la hora de la profesión. En el momento de elegir el nombre de religiosa, Ana María se puso bajo el patrocinio de su fundadora y de la gran Santa Margarita María Alacoque, su modelo en la devoción al Corazón de Jesús.

La obediencia puesta a prueba

Lo que se conoce de la vida de Santa Teresa Margarita tras los muros claustrales es lo que se podría esperar de cualquier carmelita fervorosa: obediencia eximia, pureza angelical y pobreza evangélica. Podemos preguntarnos entonces: ¿qué hizo de extraordinario para merecer la honra de los altares?

La respuesta es de una sencillez profundísima: por el cumplimiento de esas tres virtudes en grado heroico, fue fiel al voto realizado en su infancia de «agradar a Dios en todo».

Las narraciones de su vida cuentan un episodio digno de nota, que ilustra muy bien esa realidad. En cierto momento, su obediencia fue puesta a prueba cuando su superiora le incumbió que cuidara de una hermana que



Angelis David Ferreira

Se puso bajo el patrocinio de su fundadora y de la gran Santa Margarita María Alacoque

Aparición del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque
Iglesia del Gesù, Miami (EE. UU.)

sufría demencia. De religiosa ejemplar, la enferma se había vuelto de un temperamento en extremo hostil, bruto y hurraño: tenía accesos de locura en los cuales «experimentaba un violento deseo de comer precisamente lo que le habían prohibido los médicos» o bien «rechazaba a menudo con indignación lo que momentos antes había ansiado con arrebatamiento»⁵. Cuando no era atendida según su voluntad, enseguida descargaba todo su furor contra su bienhechora. La joven enfermera era insultada y humillada por ella con frecuencia.

Había otra religiosa a quien le correspondía dividirse con la santa las atenciones a la enferma. Aunque, para empeorar la situación, esa ayudante alimentaba una falsa concepción de caridad y, para evitar ser maltratada, le consentía a la enferma todos sus caprichos.

La circunstancia era delicada para Santa Teresa Margarita: si cuidaba de la salud de la enferma de acuerdo con las normas recibidas, atraería sobre sí un aluvión de insultos, además de la incomprensión de la otra religiosa, que la culpaba de los ataques de cólera de la paciente; si consentía en alguno de los deseos de ambas, desobedecería a su superiora. Ante ese callejón sin salida, prefirió aceptar vejaciones y ultrajes, y de ese modo comprar gracias de fortaleza y de salvación para la enferma y la hermana enfermera, que ceder en materia de obediencia.

Tres palabras que encierran la plenitud del amor

El lema de «agradar a Dios en todo» fue para Santa Teresa Marga-



El lema de «agradar a Dios en todo» fue el faro que orientó su vida

Santa Teresa Margarita Redi
Iglesia del Santo Ángel, Sevilla (España)

rita un faro que orientó su vida dentro y fuera del monasterio.

Su existencia atestigua que aquellos que buscan agradar al Señor en todo, en todo momento y en cualquier situación, incluso adversa, atraen la mirada divina sobre sí y reciben de Él todo el afecto y el cuidado que el más tierno de los padres puede consagrarle a un hijo frágil, pero fiel, que se abandona en sus brazos.

El voto que había hecho siendo muy joven, quizá con una conciencia

algo pueril de la profundidad de lo que prometía, se convirtió en la llave para abrir el Sagrado Corazón de Jesús y penetrar en la convivencia más íntima con Él. Y el divino Salvador quiso, a su vez, mostrarle el agrado que sentía en esa mística relación concediéndole una gracia extraordinaria.

Encontrándose la comunidad reunida para el canto del Oficio, «mientras en el coro se rezaba Tercia, al leerse en el capítulo las palabras “*Deus caritas est et qui manet in caritate in Deo manet et Deus in eo*”⁶, sor Teresa Margarita se sintió embestida por una ola de amor divino»⁷ y fue llevada a experimentar la plenitud de amor encerrada en esas tres palabras: «*Deus caritas est*».

¿Qué es lo que le habrá sido mostrado en ese éxtasis? Dios es amor... El Espíritu Santo es el Amor de Dios. ¿El Gran Desconocido se le habrá manifestado a ella? ¿Con qué gracias fue colmada y qué esperanzas coronaron su persona?

Lamentablemente la Historia no registró las comunicaciones celestiales que Santa Margarita recibió en ese momento, ni siquiera sus impresiones después de ese hecho. Únicamente se sabe que, después de eso, era frecuente encontrarla en sus quehaceres cotidianos con el espíritu recogido y absorto en la repetición del versículo «*Deus caritas est*», pareciendo que estaba con el alma toda puesta en la convivencia mística con el divino Redentor.

Sepamos, con el auxilio de Santa Teresa Margarita, «agradar a Dios en todo», para que seamos así introducidos en su presencia, en su intimidad y en su perpetua alegría. ✧

¹ Cf. SCIADINI, OCD, Patricio. *Santa Teresa Margarida Redi. Vida, escritos e espiritualidade*. São Paulo: Edições Carmelitanas, [s.d.], p. 7.

² Ídem, p. 16.

³ Ídem, p. 18.

⁴ Ídem, íbidem.

⁵ TEODORO DELL'ARCANGELO RA-

FFAELLO, OCD. *Abrégé de la vie de la Servante de Dieu Sœur Thérèse-Marguerite Redi du Cœur de Jésus*. Avignon: Seguin Ainé, 1848, p. 118.

⁶ Del latín: «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16).

⁷ SCIADINI, op. cit., p. 62.

Una pequeña piedra, una gran lección



João Paulo Rodrigues

Una amabilidad, una reprensión o una palabra de estímulo pueden ser la «pequeña piedra» que le hará posible a mi hermano llegar al «pico Agulhas Negras» de su vida espiritual.



Hna. Mariana de Oliveira, EP

El Creador obsequió a la nación brasileña no sólo con la vastedad de su territorio, sino también con todo tipo de maravillas de la naturaleza. Entre ellas encontramos el pico Agulhas Negras, situado en la frontera de los estados de Río de Janeiro y Minas Gerais.

Una experiencia palpable de la presencia de los ángeles

Con sus 2791 metros de altitud se eleva soberbio en el horizonte, como desafiando al hombre diciendo: «¡Ven! ¡Sube, si eres capaz! En mi cima el aire es más puro, el sol más brillante y el panorama increíblemente más bello. Ven a sentir la satisfacción de admirarlo todo desde lo alto. Ven a sumergirte en las reflexiones que solamente las alturas pueden ofrecer».

Intrépidos corazones, mucho más grandes que esas montañas altaneras, aceptaron a lo largo de los años el osado desafío de alcanzar su cumbre y, realmente, el resultado no decepciona. Allí uno tiene la experiencia casi palpable de la presencia de los ángeles, que ciertamente deben pasearse por su accidentada cúspide cantando y alabando a Dios.

Al mismo tiempo que sirve de mirador para contemplar la estremecedora grandeza de la Creación, el pico de Agulhas Negras nos impele a la gratitud para con el Creador. El paisaje que se observa desde su cima puede ser inmenso y colosal, pero —como nos enseña el Doctor Angélico— una «gota» de gracia vale más que el universo entero.¹ La realidad que habita el alma humana en estado de gracia es incommensurable.

Solamente los más osados aceptan el desafío...

Quien acepta el reto de escalar el pico Agulhas Negras, se debe preparar para una ardua ascensión. Senderos escarpados, arroyos, árboles, grietas y tramos llenos de estorbos le esperan a lo largo del camino. Para vencer tantas dificultades es necesario poner en juego todas las fuerzas físicas, no perder nunca el ánimo y jamás desviarse del objetivo.

En determinado momento de la caminata, el alpinista ya no se encuentra con las famosas bifurcaciones de las sendas, sino con una pavorosa pared de roca... Todo parece estar perdido para los que desisten fácilmente ante los obstáculos.

Solamente los más osados se atreven a escalarla. Y éstos, desconociendo aún lo que hallarán más adelante, se lanzan sobre las rocas

ansiosos por lograr la meta anhelada.

Un pequeño «puente» nos lleva hasta la cima

Al principio de la escalada todo marcha relativamente bien. No obstante, al llegar a lo más alto del gélido muro de piedra, surge un desesperante impedimento: una brecha muy grande entre dos rocas, que para los espíritus más «prudentes» puede indicar el fin del trayecto.

No hay donde apoyar los pies, ni espacio suficiente para coger impulso y saltar. La única hipótesis plausible ante esa aparente imposibilidad parecía ser la de desistir y regresar. ¡Qué tristeza! Tres horas de duro esfuerzo para que, estando a un paso de la cumbre, no se pueda conseguirlo...

De hecho, la subida sería imposible por ese camino si no hubiera, un poco más abajo de la enorme brecha, una pequeña roca —tal vez la menor de las que allí se encuentran—, que vale como «guion» salvador para que el alpinista venza el desafío.

Una piedra como aquella podría parecer insignificante en medio de tan colosal panorama. Sin embargo, es clave para acercarse al pico. Su posición y tamaño sirven de puente para vencer el infranqueable obstáculo, permitiendo alcanzar el ápice de la aventurera travesía.

Dilectos instrumentos de la Divina Providencia

Una vez llegados de vuelta a casa, nos detenemos unos instantes en la capilla para rezar. Arrodillados en adoración ante el Santísimo Sacramento, afloran en nuestra mente las peripecias del viaje y, con ellas, una valiosa lección.

La pequeña piedra nos ha enseñado que, a la hora de alcanzar un osado objetivo, la importancia de los instrumentos que contribuyen a ello no está en su grandeza, sino en el valor que Dios haya querido darles. Y eso se aplica tanto a las rocas como a los hombres.

No es nuestra estatura física, intelectual o social la que nos vuelve capaces de apoyar y elevar en el plano sobrenatural a las almas que se acercan a nosotros. Pues, incluso siendo

No es nuestra estatura física, intelectual o social la que nos vuelve capaces de apoyar y elevar a las almas

como insignificantes piedras echadas en la cuneta del camino, podemos tener un grande y hasta indispensable papel a la hora de ayudar a un hermano a alcanzar su «pico Agulhas Negras».

A menudo, Dios quiere que cosas tan sencillas como una sonrisa, una amabilidad, una reprensión o una palabra de estímulo en el momento oportuno sean la «pequeña piedra» con la cual se le hace posible al prójimo vencer las dificultades que lo separan de lo alto de la montaña espiritual.

Las almas que se alegran en ayudar a los demás a subir son los instrumentos dilectos de los cuales se vale la Divina Providencia para escribir las más bellas páginas de la Historia. De ellas, el ejemplo más sublime es la Virgen María, quien habiendo ido a auxiliar a su prima Santa Isabel, y tras santificar a San Juan Bautista aún en el seno materno, dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1, 46-48). ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*. I-II, q. 113, a. 9, ad 2.



Alumnas del curso superior y alumnos del seminario de los Heraldos del Evangelio camino del pico Agulhas Negras. En la página anterior, panorama divisado desde lo alto de la cima

¿Qué es un sacerdote según el corazón de Dios?

Un pequeño Dios en la tierra, una imagen viva de Jesucristo, un ángel en su pureza de alma y de cuerpo: he aquí algunos de los numerosos títulos conferidos por el gran San Juan Eudes a los auténticos sacerdotes.



San Juan Eudes

El don más precioso y el favor más señalado que la divina Bondad puede hacerle a una iglesia es el de darle un buen pastor, sea un obispo, sea un párroco. Porque es la gracia de las gracias y el don de los dones, que comprende en sí todos los demás dones y todas las demás gracias. [...]

Mediador entre Dios y los hombres

Un buen pastor es uno de los líderes y capitanes del ejército del gran Dios, que siempre está de arma en mano y luchando constantemente por su gloria y por la defensa de su Iglesia contra sus enemigos —el demonio, el mundo, la carne y el pecado—, a fin de conquistar para Él reinos, es decir, almas; pues cada alma fiel es un reino de Dios, más valioso que todos los imperios de la tierra.

Es uno de los príncipes del Reino de Dios y uno de los reyes de su Imperio, que es su Iglesia, establecido por el Señor para gobernar, según las leyes y las máximas evangélicas, a tantos reyes y reinas como cristianos y cristianas haya bajo su mando, y para hacerlos dignos de poseer eternamente un mismo reino con el soberano Monarca del universo.

Es un evangelista y un apóstol, cuyo principal ejercicio es el de anun-

ciar sin cesar, en público y en privado, de obra y de palabra, el Evangelio de Jesucristo, y continuar en la tierra con las mismas funciones a las que se dedicaron los Apóstoles, así como la vida y las virtudes que éstos practicaron.

Es el esposo sagrado de la divina esposa, es decir, la Iglesia de Jesucristo, que está tan abrasado en purísimo y santísimo amor por ella, que no sueña día y noche más que en encontrar toda suerte de medios para embellecerla, adornarla, enriquecerla y hacerla digna del amor eterno del celestial e inmortal Esposo.

Es un mediador entre Dios y los hombres, para que éstos conozcan, adoren, sirvan, teman y amen a Dios; para anunciarles sus deseos; para llevarlos a rendirle todo homenaje; en fin, para estar constantemente ocupados, de espíritu y de corazón, de palabra y de acción, «en las cosas que conciernen al servicio y a la gloria de Dios» (cf. Heb 5, 1). [...]

Un dios vivo e itinerante

¿Qué más puedo decir?

Un buen pastor es un salvador y un Cristo en la tierra, que ocupa su lugar, representa su Persona, se reviste de su autoridad, actúa en su nombre, está adornado de sus cualidades, ejerce su juicio en el tribunal de la peniten-

cia, desempeña las más altas funciones que Él llevó a cabo en este mundo, constituido para continuar la obra de la Redención del universo y que, a imitación suya, emplea todo su espíritu, su corazón, sus afectos, sus fuerzas, su tiempo, y está siempre dispuesto a dar su sangre y a sacrificar su vida para procurar por todos los medios la salvación de las almas que Dios le ha confiado.

Es un dios vivo e itinerante; dios por la gracia, por participación y por una semejanza muy marcada y particular; dios revestido de las cualidades y las perfecciones de Dios, a saber: su autoridad, su bondad, su poder, su justicia, su misericordia, su espíritu, su caridad, su bondad, su benignidad, su pureza y su santidad; dios comprometido con las obras más importantes de Dios, como son todas las funciones pastorales y sacerdotales, pues dice el gran San Dionisio Areopagita: «Lo más divino de todas las cosas divinas es la de cooperar con Dios en la salvación de las almas»¹; dios, en fin, que hace dioses, dice San Gregorio Nacianceno,² o sea, cristianos que llevan el nombre de dios en las divinas Escrituras.

Es un pastor que porta en sí mismo una imagen viva de la bondad y de la vigilancia del gran Pastor de las almas. Un pastor que, por temor a que

el lobo infernal las devore, no abandona a sus ovejas, sino que suele estar en medio de ellas a fin de tener siempre puestos sus ojos en ellas para guiarlas, y para que ellas siempre los tengan en él para seguirlo. Es un pastor que conoce a todas sus ovejas y sabe de sus necesidades, debilidades y enfermedades para remediarlas.

Guía con el buen ejemplo a sus ovejas

Es un pastor que alimenta a su rebaño con palabras y con el ejemplo, espiritual y corporalmente, según toda su fuerza; y que no está entre el número de los que un santo doctor habla de esta manera: «La divina justicia juzgará rigurosamente a los seculares, con más rigor a los religiosos, pero con mayor rigor aún a los pastores perversos y crueles. Dios les pedirá cuentas muy severas por no haber saciado corporalmente a sus ovejas por medio de una asistencia temporal; pero todavía más severas por no haberlas saciado a través de la palabra de la doctrina celestial; severísimas cuentas por no haberlo hecho mediante el ejemplo de una buena vida». [...]

Quien dice de tal pastor y tal sacerdote, dice de un hombre que se empeña cuidadosa y frecuentemente en considerar las obligaciones de su oficio; que se percató de las necesidades de sus ovejas, a fin de satisfacerlas; que busca esmeradamente desórdenes entre su rebaño, para eliminarlos; y que se aplica en todos los sentidos en promover la gloria de Dios y la salvación de todas las almas que le han sido confiadas, por las cuales debe responder sangre por sangre y alma por alma.

Quien dice de tal pastor y tal sacerdote, dice de un hombre que emplea todo su espíritu, su corazón, sus pensamientos, sus aficiones, sus palabras, sus acciones, su tiempo, sus bienes, su vida, todo lo que tiene, es, sabe y puede para destruir la tiranía



El Buen Pastor - Iglesia del Santísimo Sacramento del Bronx, Nueva York

*Un buen pastor
alimenta a su rebaño
con palabras y con el
ejemplo, espiritual
y corporalmente,
según toda su fuerza*

de Satanás y del pecado e instaurar el Reino de Jesucristo en los corazones de los que Dios le ha encomendado.

Querubín en claridad, serafín en caridad

Finalmente, quien dice de tal pastor y tal sacerdote, dice de un ángel en pureza de espíritu y de cuerpo, un querubín en luz y en ciencia, un serafín en amor y en caridad, un apóstol en celo, en trabajo y en santidad, un pequeño Dios en la tierra, en poder y autoridad, en paciencia y benignidad, y una imagen viva de Jesucristo en este mundo, y de Cristo velando, rezando, predicando, catequizando, trabajando, sudando, llorando, yendo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, sufriendo, agonizando, muriendo y sacrificándose por la salvación de todas las almas creadas a su imagen y semejanza.

Tal pastor y tal sacerdote es la luz de los que viven en tinieblas y en sombra de muerte (cf. Lc 1, 79), la reconducción de los extraviados, el martillo y la destrucción de los errores, de los cismas y las herejías, la conversión de los pecadores, la santificación de los justos, la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, el tesoro de los pobres, el júbilo de los buenos, el pavor de los malos, la confusión del Infierno, la gloria del Cielo, el terror de los demonios, la alegría de los ángeles, la ruina del reino de Satanás, la instauración del Imperio de Jesucristo, el adorno de la Iglesia, la corona del soberano Pastor; en una palabra, es un mundo de bienes, de gracias y de bendiciones para toda la Iglesia, pero especialmente para aquella sobre la cual Dios lo estableció. ✧

*Extraído de: «Oeuvres complètes.
Le Mémorial de la
Vie Ecclésiastique».
Vannes: Lafolye Frères,
1906, t. III, pp. 23-32.*

¹ SAN DIONISIO AREOPAGITA.
De Cœlesti Hierarchia, c. V.

² «Deum existentem et Deos efficientem»
(SAN GREGORIO NACIANCENO.
Orat. Apolog.).



Sereno peregrinar

Se podría encontrar en Dña. Lucilia la grandeza de la ancianidad cristiana, santificada por el mérito de la maternidad y glorificada por la aureola discreta que los sufrimientos padecidos en unión con Cristo dejan en toda alma y en todo semblante justo.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Ciertos vinos, con el fin de proporcionarles a los catadores lo mejor de sí mismos, son guardados en la soledad de profundas bodegas, lejos de la luz solar. Allí, a través de la lenta sucesión de los años y las décadas, refinan su sabor, adquieren un agradable aroma, transforman la aspereza de su regusto amargo en dulzura, avivando incluso su propio colorido.

La edad, que afina el sabor de los buenos vinos, sublima las virtudes de las almas justas. Así, en el trato con Dña. Lucilia, la afabilidad no hizo sino acrisolarse a medida que transcurría el tiempo. Su elevación de espíritu iba siendo impregnada cada vez más por lo sobrenatural, sus modales y su presencia se convirtieron en atrayentes factores de bienestar y de respetabilidad.

Así como un buen vino tonifica un cuerpo debilitado, Dña. Lucilia, empapada de profunda confianza en la infinita bondad del Sagrado Corazón de Jesús, continuará dando aliento a todos los que se acerquen a ella necesitados de consuelo, aplicando con eficacia el lenitivo de la caridad cristiana.

Si a esas alturas hubiera entregado su alma a Dios, hermosa habría sido ya su existencia. Sin embargo, a lo largo del último período de su vida, en el recogido ambiente de su residencia, exteriorizará de forma muy excelsa la plenitud de su afecto y su bienquerencia.

Las paredes y los objetos de esa casa tendrían mucho que contar si tuvieran el don de la palabra. Sobremanera interesante sería poder oír lo que la imagen del Sagrado Corazón de Jesús diría acerca de las innumerables oraciones de Dña. Lucilia. Nunca se supo lo que trataba con Nuestro Señor en aquellos silenciosos diálogos. Ni siquiera a su hijo llegó a confiarle nada al respecto.

Pero aunque esa piadosa intimidad permaneció en un inviolable sigilo, algunos pequeños hechos de la vida serena y casera de Dña. Lucilia atravesaron las paredes de ese bendito hogar.

Cariños de madre

Desde su más tierna infancia, el Dr. Plinio estuvo dotado de un lúcido e inusual discernimiento de los espíritus —un don del Espíritu Santo—, que, ya desde los primeros destellos

del uso de razón, aplicó sobre su propia madre. De esa manera pudo conocer muy bien las cualidades con que la Providencia había adornado el alma de Dña. Lucilia. Los hechos concretos vinieron a corroborar, más tarde, la autenticidad de lo que él había discernido.

Un día, al salir de casa hacia su despacho de abogado, su madre le acompañó, como de costumbre, hasta la puerta del ascensor. Después de despedirse se dirigió al salón pensando ya en prepararle una buena cena. Para la elaboración del menú no encontró mejor interlocutor que su esposo.

No sospechaba, sin embargo, que su hijo tendría ocasión de presenciar, con verdadero encanto, la curiosa escena que se desarrollaría entonces; si no la hubiera visto, jamás se la podría haber imaginado. Se le olvidó un documento y tuvo que volverse a recogerlo, pero entró silenciosamente para no molestar a sus padres. Cuando pasó cerca del salón oyó, a través de la puerta entreabierta, la voz de Dña. Lucilia:

—João Paulo, estaba pensando preparar tal plato para Plinio. ¿Qué te parece?

por las sendas de la ancianidad

—Sí, está muy bien...

—Pero ¿crees que Plinio tendrá ganas de comer ese plato y no tal otro?

Sentado cómodamente en un sillón, le respondió:

—¡Sin duda! Tiene ganas de comer eso, sí.

No convencida del todo, insistía, con su natural afabilidad:

—Pero, João Paulo, no sé si será lo mejor. ¿No preferirá otro plato?

Un poco perplejo, pues no veía razón para tantos cuidados, le contestó:

—Está claro que una madre no es un padre. Si de mí dependiera, le diría: «Chico, lo que hay para cenar es esto, eso y aquello. Si no te gusta, vete a un restaurante».

Ahora bien, si había algo que Dña. Lucilia no deseaba era renunciar a la compañía de su hijo durante la cena. Siendo así, se limitó a manifestar serenamente su disconformidad con esta respuesta:

— ¡No, no!...

Encantado con esa muestra más de solicitud materna, el Dr. Plinio salió entonces de la casa sin que lo notaran e iba por la calle pensando consigo mismo: «Un padre, por muy bueno que sea, no es capaz de esta forma de

cariño. Sólo del corazón de una madre extremosa —con sus delicadezas, sus intuiciones finas y su deseo de agradar— surgirían esas preguntas. Y por eso es tan sabroso el menú de casa...».

Muy apreciada por sus artes culinarias

El constante «quererse bien» guiaba incluso los mínimos actos de esa inigualable madre, hasta en lo culinario.

Procuraba que, en la elaboración del menú, los manjares estuvieran «sazonados» mucho más con afecto y bondad que, propiamente, con simples condimentos naturales. Huelga

El constante «quererse bien» guiaba incluso los mínimos actos de esa inigualable madre, hasta en lo culinario

decir cuánto le gustaba esta «receta» al Dr. Plinio, siempre un buen gastrónomo y mejor hijo aún.

Todos los que se acercaban a Dña. Lucilia podían, así, experimentar no sólo su benevolencia, sino también apreciar las iguarias preparadas siguiendo sus instrucciones. Este fue el caso, por ejemplo, del esposo de Zilí, Néstor, el cual, años después del fallecimiento de su cuñada, aún se complacía recordando las cenas que ella ofrecía los domingos.

Decía que no conocía a nadie que fuera capaz de orientar la preparación de tan buenos platos como Dña. Lucilia, especialmente los apetitosos dulces caseros, entre los que destacaba la tarta de cumpleaños del Dr. Plinio, único bizcocho que ella hacía personalmente y en el que ponía particular esmero.

En efecto, incluso cuando su avanzada edad ya no le permitía desplazarse, a no ser en silla de ruedas, aún se empeñaba en preparar ese pastel — un excelente «pavé de chocolate», artísticamente decorado— para el cumpleaños de su hijo. Tanto cuidado ponía que primero lo dibujaba con todos los detalles, imaginando las dimensio-



Libro de recetas de Dña. Lucilia. En la página anterior, Dña. Lucilia asiste a una conferencia del Dr. Plinio en el auditorio de la FIESP

nes, el colorido, los adornos, y después seguía minuciosamente el plano.

«¡Esta señora es muy española!...»

Doña Lucilia, a pesar de su gran ternura, se mantenía inflexible en la defensa de los principios católicos. Si alguien los lesionaba de algún modo, se colocaba en una posición más erguida, pareciendo incluso aumentar de estatura, y, sin perder la afabilidad, con un tono de voz siempre tranquilo, enseguida atajaba:

—¡No!... Eso no puede ser así... —y ponía los puntos sobre las íes.

El Dr. João Paulo, un pernambucano de los más genuinos, tenía un temperamento muy apacible. El Dr. Plinio decía que era el hombre más pacífico que había conocido. Sus largos años de vida conyugal con Dña. Lucilia transcurrieron en la más perfecta armonía. Cuando presenciaba una actitud enérgica de su esposa, le decía a su hijo, en voz baja, en una jocosa alusión a cierta sangre heredada por ella de remotos antepasados:

—¡Huy..., esta señora española!...

El jarrón de cristal

Evidentemente, en los momentos de aflicción del Dr. João Paulo, la inigualable bondad de Dña. Lucilia se volcaba especialmente hacia él, con el desvelo de quien sabía penetrar en lo más íntimo del sufrimiento de una persona y colocar allí una gota de bálsamo suavizante.

Una tarde, de regreso del trabajo, el Dr. Plinio encontró a su padre solo en el salón, con aire de tristeza. Le saludó como siempre:

—Buenas tardes, papá, ¿cómo está usted?

—Bien, gracias —respondió el Dr. João Paulo melancólicamente.

Su hijo, sin poder atinar con el motivo de esa actitud, se dirigió al cuarto de Dña. Lucilia, donde la encontró recostada y rezando.

Cuando lo vio entrar, le hizo un gesto con el dedo para que hablara

en voz baja y le pidió que se sentara a su lado. Después le dijo en tono compasivo:

—¿Has visto lo disgustado que está tu pobre padre? Accidentalmente tropezó con tu magnífico jarrón de cristal de Bohemia, que cayó al suelo y se hizo añicos.

—Mi bien, ¿papá ha roto el florero de cristal?! —preguntó el Dr. Plinio entre sorprendido y entristecido, pues apreciaba mucho ese objeto.

—Sí, pero está sufriendo mucho... Unas palabras tuyas serían suficientes para acabar con su aflicción. ¿Harías eso por tu madre?

En cualquier caso, el Dr. Plinio habría perdonado de buen grado a su padre y un simple jarrón de cristal, por muy valioso que fuera, sería demasiado poco para que causara tanto pesar. Ante la afectuosa súplica de Dña. Lucilia, se dirigió inmediatamente al lugar donde se encontraba

*Doña Lucilia,
a pesar de su
gran ternura, se
mantenía inflexible
en la defensa de los
principios católicos*

el Dr. João Paulo con el fin de tranquilizarle y, sonriendo, le dijo que no se preocupara, pues el accidente, completamente involuntario, no tenía importancia. Sus palabras distendieron de inmediato a su abatido padre, que recuperó su habitual buen humor.

Manifestaciones de afecto de Dña. Lucilia, como esa, excedían con creces los límites del hogar. Si hasta en relación con los desconocidos su compasión se hacía sentir tan

viva, cuánto más no lo sería con sus familiares, próximos o lejanos.

Una visita inesperada

Cierto día estando Dña. Lucilia a la mesa en mitad de la comida, una pariente lejana, a quien las pruebas de la vida habían desalentado profundamente, llamó al timbre.

La criada, tras abrir la puerta, fue a comunicarle a la señora de la casa que había llegado Fulana de tal y deseaba hablar con ella. Entonces Dña. Lucilia, conocedora de las tribulaciones por las que estaba pasando aquella persona, interrumpió el almuerzo y fue solícita hasta el recibidor, acogiendo a la visitante con mucha afabilidad.

—¡Oh, doña Fulana!, ¿cómo está? Pase, por favor...

La invitó a entrar en el comedor, le ofreció un sitio a la mesa e hizo que se sintiera enteramente a gusto. La confianza que Dña. Lucilia inspiraba era tanta que enseguida la visitante se animó a exponerle sus dificultades y sus penas. Y recibió consuelo y aliento para proseguir, con confianza en la Divina Providencia, por las ásperas sendas de la vida.

Una vez más, un consejo salido de los labios de quien seguía la ley de misericordia del divino Maestro fue un poderoso auxilio para una persona atribulada por los reveses de la vida. Este modo de proceder, en el conjunto de las virtudes de Dña. Lucilia, era un punto más de resistencia en relación con las desviaciones morales de su tiempo. Pues el mito del éxito llevaba a muchos de sus contemporáneos a alejarse con desprecio de quien era alcanzado por la desgracia, como si ésta fuera una lepra cuya mera proximidad pudiera contagiar...

«Si usted perdiese la fe, para mí sería como si hubiese muerto»

De todo lo narrado hasta aquí, fácilmente se deduce que el océano de

bienquerencia de Dña. Lucilia para con su catolicísimo hijo tenía sus raíces más profundas cimentadas en la fe. Pero, en ese cariño materno, ¿no estarían predominando los afectos meramente humanos?

La respuesta la obtuvo el propio Dr. Plinio. En cierta ocasión decidió medir hasta qué punto el amor a Dios en Dña. Lucilia superaba al amor natural entre madre e hijo. Mientras se encontraba a solas con ella a la mesa, fue llevando la conversación hacia un tema en el que entrara, «por casualidad», lo que pretendía decirle. En determinado momento afirma:

—Mi bien, la quiero tanto porque usted es católica. Si durante esta comida, por ejemplo, viniera usted a comunicarme que se había hecho protestante, la interrumpiría inmediatamente diciéndole: «La dueña de la casa es usted. Aquí tiene las llaves de la casa. Me voy a vivir a otro lugar. No dejaré de proporcionarle lo necesario para que siga viviendo dignamente, pero sólo nos veremos dos o tres veces al año, ícomo mucho!». Lo haría con un disgusto muy grande para mi alma, porque el verdadero vínculo afectivo que nos une se habría roto. Tengo la impresión de que, para mí, usted dejaría de ser mi madre. Sería como si se hubiera muerto. Al hacerse protestante dejaría de ser para mí lo que es.

Uno podría suponer que el sentimiento materno de Dña. Lucilia se habría visto lesionado con esas palabras. Había hecho tantos sacrificios por sus hijos en su ya larga vida, y los amaba tan tiernamente, que bien podría considerar la presencia de salpicaduras de ingratitud en esa categórica postura del Dr. Plinio. Pero, por el contrario, las escuchó con tanta naturalidad que, sin el menor sobresalto, siguió sirviéndose los alimentos tranquilamente —como si su hijo



Imagen del Sagrado Corazón de Jesús que presidía una de las salas de la residencia de Dña. Lucilia

Mário Shirioda

El semblante de Dña. Lucilia reflejaba un alma glorificada por la aureola discreta de los sufrimientos padecidos en unión con Cristo

no hubiera dicho nada de extraordinario—, pues ella pensaba de la misma manera.

Al haber visto en su madre un amor tan desinteresado y sublime a la Iglesia Católica, el Dr. Plinio hizo, poco después de su muerte, en el velatorio, esta impresionante afirmación:

«La admiraba mucho más por ser ella como era y por la virtud que discernía en ella que por ser mi madre. De tal modo que si ella fuera la ma-

dre de otra persona y no la mía, haría lo posible por irme a vivir con ella».

La dama de cabellera blanca

«Tenía ante mí la figura genuina de una gran dama cristiana. En todo su ser el tiempo había dejado la marca indefinible de profundos dolores, sufridos con gran nobleza, con inmensa suavidad de alma. Ojos tranquilos, bellos y tristes, penetrantes pero dulces, inteligentes pero serenos. Su porte, sus maneras, sus trajes tenían la elegancia sencilla, noble y despreocupada que la verdadera educación comunica a la vestimenta humana. Su timbre de voz afable, reservado, lleno de matices, revelaba un corazón al mismo tiempo fuerte y delicado.

«Por la ventana entraba a chorros la claridad, que iluminaba en ciertos momentos su cabellera blanca. Un reflejo plateado, confundándose con la suavidad de su mirada, se difundía entonces por su fisonomía. Toda luz hace pensar en felicidad. La luz de esos cabellos blancos hacía pensar en la felicidad extraterrenal. Era la grandeza de la ancianidad cristiana, santificada por el mérito de la maternidad, glorificada por la aureola discreta que los sufrimientos padecidos en unión con Cristo dejan en toda alma y en todo semblante justo. Mucha dignidad, diríamos incluso cierta majestad. No la majestad ardua, trabajosa y dudosa del dinero, sino la majestad única y suprema que proviene de la dignidad de madre, sentida y vivida hasta las últimas fibras de un corazón nacido de noble estirpe». ✧

Extraído, con adaptaciones, de: «Doña Lucilia». Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013, pp. 525-532.



Fotos: David Dominguez

São Paulo – Con una Misa en la basílica del Carmen, solemnizada por el coro de los Heraldos, fue conmemorado el 300 aniversario de la Provincia Carmelita San Elías. En sus palabras de agradecimiento el párroco, fray Thiago Borges, afirmó: «Esta obra de los Heraldos del Evangelio es una obra de Dios en la vida del pueblo».



Fotos: Eduardo Pássero

Pernambuco – A mitad de julio fueron reabiertas a la participación del pueblo las Misas en la casa de los Heraldos del Evangelio (izquierda). Y, dando continuidad a la campaña «Cuarentena, fe y caridad», se entregaron decenas de cestas básicas en la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción en Moreno (derecha), entre otras muchas actividades.



Fotos: Guillermo Torres Bauer

Colombia – Los Heraldos fueron invitados a participar en la Misa solemne celebrada en el Santuario Nacional de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona de Colombia, el día de su fiesta. La intención principal fue rezar por los fallecidos alcanzados por la pandemia y pedir a la Santísima Virgen su especial protección para todo el país.



Fotos: Agostino Mapanga

Mozambique – El arzobispo de Maputo, Mons. Francisco Chimoio, OFM, celebró Misa en los estudios de Radio María en sufragio del alma del Hno. José Eduardo Pinheiro, EP (en el centro, en la foto de la izquierda), que fue durante muchos años misionero de los Heraldos en ese país. Entregó su alma a Dios en São Paulo, el 25 de junio.



Fotos: David Domingues

São Paulo – El cardenal Odilo Pedro Scherer presidió la Celebración Eucarística que conmemoró, el 26 de julio, la elevación de la parroquia de Santa Ana, en la Zona Norte de São Paulo, a la honra de basilica menor. El coro de los Heraldos del Evangelio fue invitado a participar en la celebración, que fue retransmitida en directo por la TV Aarutos.



Fotos: Valdecil Silva

Campos dos Goytacazes – Para ayudar a combatir la pandemia, misioneros de los Heraldos del Evangelio distribuyeron en las calles del centro de la ciudad 1500 mascarillas confeccionadas por cooperadores de la institución en colaboración con la Cámara de Comerciantes.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

La AIE lanza una nueva guía para exorcistas

El pasado mes de mayo, la Asociación Internacional de Exorcistas (AIE) publicó un documento titulado *Directrices para el ministerio del exorcismo: a la luz del ritual actual*. Su objetivo es auxiliar a los sacerdotes que ya ejercen este ministerio, pero también servir de herramienta a quienes se encuentran en formación para tal fin.

En la introducción de la guía el P. Francesco Bamonte, presidente de la AIE, recuerda que en casos de verdadera posesión demoníaca el exorcismo «manifiesta su carácter salvífico», siempre que sea hecho «de acuerdo con las normas establecidas por la Iglesia, inspiradas por la fe genuina y por la prudencia necesaria».

Por su parte, el cardenal Ángel De Donatis, vicario general de la diócesis de Roma, afirma en el prólogo que el exorcista «trabaja en el ámbito de una misión oficial que lo convierte, en cierto modo, en representante de Cristo y de la Iglesia». Por este motivo, el P. Bamonte subraya que «pretender comprender el exorcismo católico sin tener una fe viva en Cristo y en lo que Él, en la revelación dada a la Iglesia, nos enseña sobre Satanás y el mundo demoníaco, es como querer lidiar con ecuaciones de segundo grado sin conocer las cuatro operaciones básicas de matemáticas y sus propiedades».

La Asociación Internacional de Exorcistas fue reconocida jurídicamente el 13 de junio de 2014 median-

te un decreto de la Congregación para el Clero. La iniciativa, que cuenta con cerca de 800 miembros en todo el mundo, surgió de un pequeño grupo de sacerdotes, entre ellos el conocido P. Gabriele Amorth y el P. Cándido Amantini.

Los obispos escoceses alertan sobre la criminalización de poseer la Biblia

El 29 de julio, la Conferencia Episcopal de Escocia envió un comunicado al Comité de Justicia del Parlamento escocés pronunciándose con respecto al nuevo proyecto de ley sobre «Crímenes de odio y orden público», propuesto por el Gobierno del país.

Según los preladados, uno de los artículos del proyecto podría conducir a la criminalización de libros como la Biblia y el Catecismo y, en consecuencia, a la censura de la enseñanza católica en el país. Se trata de la quinta sección del documento, la cual pretende delimitar un «crimen de posesión de material incendiario» y que, de acuerdo con la Conferencia de los obispos escoceses, posee contornos poco delimitados.

Esta legislación, introducida por el Gobierno escocés el 23 de abril, crea aún otro delito: provocar odio contra cualquiera de los grupos protegidos contemplados en el mismo proyecto de ley, determinado según criterios de raza, religión e identidad de género.

Los obispos citaron también en su comunicado las recientes consideraciones que le hicieron al Gobierno sobre la propuesta de revisión de la Ley de reconocimiento de género de 2004. En ellas recordaron que la Iglesia enseña que «el sexo y el género no son fluidos y mutables y que hombres y mujeres son complementarios y ordenados a la creación de nueva vida». Al respecto, afirman que «dichos pronunciamientos [...] podrían ser vistos como un abuso de su propia visión del mundo personal y, probablemente, incitar al odio».

La Biblioteca del Vaticano crea una nueva página virtual

La Biblioteca del Vaticano lanzó en el mes de julio un nuevo sitio web, con el fin de facilitar y expandir el acceso a su acervo y servicios. En el portal actual, los visitantes podrán conocer, ver y consultar diversos contenidos, como medallas, monedas, grabados, manuscritos.

Además, los que se registren tendrán acceso a un área reservada en la cual podrán resolver dudas y realizar solicitudes específicas, como, por ejemplo, pedidos de foto-reproducciones para investigaciones científicas o de uso profesional.

«El arte gráfico evoluciona rápidamente en este tipo de comunicación digital, por eso desde hace tiempo éramos conscientes de que necesitábamos actualizarlo con algo más ágil y más intuitivo», comentaba el prefecto de la Biblioteca del Vaticano, monseñor Cesare Pasini.

«Naturalmente, no descuidamos el servicio presencial de los que nos visitan e intentamos atenderlos bien. Pero, especialmente en este período de emergencia sanitaria que estamos viviendo, con la movilidad limitada es más difícil para muchos venir directamente a la biblioteca. Por lo tanto, este sitio abierto y comunicativo, rico y atrayente, quiere ser un lugar importante de acogida, colaboración y apertura», decía.

«Con el sitio web queremos hacernos conocer por lo que somos y por lo que tenemos, y ofrecer un servicio que alcance las fronteras del mundo», concluía Mons. Pasini.

Las Carmelitas difunden escritos originales de Santa Teresa de Los Andes

Las Carmelitas Descalzas del monasterio del Espíritu Santo de Los Andes, situado en la diócesis de San Felipe, Chile, ponen a disposición a través de internet el texto íntegro de todos los escritos originales

de Santa Teresa de Los Andes. La iniciativa tiene lugar con ocasión del primer centenario del fallecimiento de la santa chilena.

«Hemos querido habilitar este sitio web para dar a conocer más la figura de nuestra primera santa chilena y primera flor de santidad del Carmelo Teresiano en América Latina», explican las religiosas.

Por medio de esos textos, que incluyen cartas, escritos de su diario y composiciones literarias, es posible conocer mejor la vida familiar y monástica de Santa Teresa de Los Andes, además de profundizar en su dimensión mística.

Comienza la restauración del órgano de la catedral de Notre Dame

El 3 de agosto, el organismo público encargado de la conservación de la catedral de Notre Dame de París, incendiada en 2019, inició los trabajos de restauración del monumental órgano de 8000 tubos de la iglesia. A pesar de no haber sufrido directamente la acción de las llamas, el instrumento quedó cubierto de hollín, cenizas y un corrosivo polvo de plomo, que deben ser cuidadosamente eliminados.

Las autoridades implicadas en esta tarea estiman que las tareas se prolongarán unos cinco años. El depar-

tamento estatal responsable por las obras dice que sólo para realizar la afinación del instrumento tras su restauración serán necesarios seis meses.

Pese a la declaración del presidente Emmanuel Macron de que espera que la catedral pueda reabrir en 2024, su gobierno ha llevado más de un año en quitar residuos tóxicos de plomo y los andamios que habían sido puestos antes del incendio. Hasta el presente momento, no han empezado las obras de reconstrucción del edificio.

Protesta de un arzobispo contra la falta de diálogo en las medidas de la cuarentena

En un comunicado realizado el 26 de julio, con ocasión de la Misa celebrada en honor de Santa Ana, el cardenal arzobispo de Quebec (Canadá), Gérald Cyprien Lacroix, se quejaba de la falta de comunicación entre las autoridades civiles y eclesiásticas en relación con las medidas de control de la pandemia del COVID-19 que fueron implantadas en su país. Por grandes que han sido los esfuerzos, decía, la Iglesia sigue sin ser escuchada.

«Las autoridades gubernamentales no nos toman en serio», afirma. «En ningún momento hemos logrado establecer un diálogo franco y directo con los responsables del Gobierno y de la Sanidad pública». El purpu-

rado también refiere que los contactos con las autoridades son realizados por medio de terceros, y los obispos sólo se enteran de las normas cuando las publica la prensa.

Desde el 22 de junio únicamente se permite la participación de cincuenta personas en cada Misa, a pesar de que el Departamento de Sanidad de Quebec estableció que ese número no es un límite estricto. También a partir de esa fecha es exigida una distancia de dos metros entre los parroquianos, el lavado de manos, la desinfección de los lugares y la distribución de la comunión en la mano, sin intercambio de palabras.

El cardenal protesta por el hecho de que tales restricciones para las Misas públicas sean más rigurosas que las aplicadas a otras actividades en los casinos. Y denuncia que la venta de bebidas alcohólicas y de cánnabis hayan sido incluidas en la lista de «servicios esenciales», mientras que las «comunidades de fe, que podemos ciertamente considerar un servicio esencial para la sociedad, han sido prácticamente ignoradas».

Lamentando «restricciones que exceden lo razonable», el cardenal concluye: «No abusen de nuestra paciencia y dejen de ignorar nuestra existencia y nuestro sentido de responsabilidad».

GAUDIUM PRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano

gaudiumpress.org

• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese gratuitamente en es.gaudiumpress.org

- ✓ 30 días con el Papa
- ✓ Mundo
- ✓ América Latina
- ✓ Roma
- ✓ Espiritualidad

El secreto del heroísmo

Sólo son verdaderamente valientes y fuertes en la hora de la batalla aquellos que durante la vida supieron conservar la perla que los Sagrados Corazones de Jesús y de María depositaron en su alma.



Gabriele Matiello

Hace muchos, muchos años existía un pequeño pueblo que procuraba hacerlo todo con perfección para agradar a Jesús y a María. Nada más amanecía, antes de que empezaran los trabajos, juegos o estudios, sus habitantes participaban en la Santa Misa, a fin de obtener gracias especiales para enfrentar las luchas de ese día como hijos fieles y devotos de los Sagrados Corazones.

Los viajeros que pasaban por aquella comarca percibían que hasta la

propia naturaleza del lugar se beneficiaba de la elevación de espíritu de aquella piadosa población: los ríos eran particularmente cristalinos y la vegetación, verde como la esmeralda... Se diría que allí todo entraba en armonía para acoger a la Reina celestial y a su divino Hijo.

En esa aldea había un niño muy inocente llamado Jonás. Le encantaban las historias que su padre le contaba, pues a través de ellas se imaginaba cómo sería una ciudad hecha para Jesús y María. Continuamente le preguntaba a su progenitor:

—Papá, si en la tierra hay tantas cosas buenas, como las piedras preciosas, el mar o las estrellas, entonces ¿cómo no debe ser el Cielo?

Sorprendido por el constante interés que demostraba el ardoroso corazón del pequeño por el Paraíso celeste,

su padre aprovechó la ocasión para enseñarle el mejor medio de encontrar la respuesta a su pregunta:

—Bueno, hijo mío, yo nunca he visto el Cielo, pero muchos santos tuvieron la gracia de contemplarlo en vida y dijeron que era tan bello y grandioso que no había palabras para describirlo. Sin embargo, te puedo asegurar que tendrás oportunidad de conocerlo siempre y cuando sepas ser en esta tierra un auténtico héroe.

Con cada respuesta de su padre, Jonás se entusiasmaba más y aumentaba su deseo de ser santo para llegar enseguida a la morada eterna.

Un día, mientras andaba por la calle absorto en esos pensamientos, notó mucho alboroto.

—¿Qué está pasando? —le preguntó extrañado a un señor que observaba la escena.

—¡Ha llegado a nuestra ciudad el mensajero real! —le respondió el hombre.

El muchacho, sin dudarle, se acercó más y pudo ver cómo un caballero se bajaba de su montura y le hablaba al pueblo con estas palabras: «El generalísimo del Ejército real convoca a todos los jóvenes aptos para la guerra a la defensa del reino contra sus adversarios, pues están planeando un terrible ataque muy pronto».



Ilustraciones: Lucilia Bernadete Guarany

Jonás tuvo un enigmático sueño, pero muy significativo...

Un profundo silencio se apoderó de la muchedumbre... Jonás, no obstante, encantado con la armadura y la reluciente espada del noble guerrero, así como con su hermoso porte y fogosa mirada, ni siquiera se le pasó por la cabeza de que no tenía la edad suficiente para alistarse y se presentó con sorprendente valentía:

—¡Yo estoy en disposición de ir al combate!

Aunque el caballero, al ver la fisonomía tan joven y despreocupada del niño, le dijo:

—Bien, te llevaré conmigo; pero con una condición: ¿estás preparado para sufrir golpes horribles o incluso morir en el campo enemigo?

Después de pensarlo un poco le contestó:

—Señor, sé que la lucha no es un paseo por un terreno florido. Pero ¿no estamos en esta tierra para enfrentar las cosas más duras y difíciles? Cada sufrimiento, con la ayuda de la Virgen, será un peldaño de la larga escalera que me llevará al Cielo.

Asombrado con la respuesta, el guerrero accedió a que se fuera con él.

Unos días más tarde, Jonás se despedía de su familia. Estaba triste porque la dejaba, pero muy animado ante la expectativa de participar en una batalla. Su padre aprovechó el momento para darle este consejo:

—Hijo mío, recuerda que más importante que mostrarte fuerte e intrépido es conservar la inocencia y la pureza de alma. Por eso, isé vigilante! Nunca dejes que la inmoralidad y los vicios entren en tu interior.

El pequeño no entendió muy bien el significado de ese consejo, pero lo guardó con cariño en su corazón.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que todo le quedara claro. En el campamento, a pesar de encontrarse con muchos que lo respetaban y admiraban por su valentía y candor, enseguida tuvo sus primeras batallas. Le costó mucho mantenerse firme ante los escarnios de aquellos que,



Nada ha de temer quien lucha día a día por conservar incólume la perla de la inocencia

habiendo perdido la inocencia, sentían odio al toparse con un alma verdaderamente recta y piadosa como la de Jonás.

En medio de esas dificultades, tuvo un enigmático sueño, pero muy significativo... En él veía, por una parte, a todos los que se burlaban de su persona cercados por demonios que portaban carbones, mientras el ángel de la guarda de cada uno se encontraba dis-

tante, impedido de actuar; por otra, reunidos en otra compañía del mismo batallón, observaba a los que habían conservado la inocencia rodeados de espíritus celestiales que llevaban blancas perlas en sus manos, símbolo de las almas cándidas de sus custodiados. Cuando el ejército enemigo apareció, no todos tuvieron el coraje de avanzar y luchar: únicamente los que habían preservado su inocencia lo hicieron. En ese momento su sueño fue interrumpido por un toque de corneta, con el que se convocaba a todos para oír un aviso del capitán:

—¡Ya ha llegado la hora de marchar al combate! Fijaos, los enemigos ya están a las puertas y son más numerosos que nosotros, pero lo que ellos poseen en cantidad no lo tienen en calidad: no serán los hombres los que dirigirán esta batalla sino el propio Jesucristo. Por lo tanto, caballeros, confíemos. ¡La victoria es de Dios!

Como los adversarios ya habían sitiado el campamento, los guerreros tuvieron que desenvainar inmediatamente las espadas y lanzarse de lleno al ataque. En ese momento, Jonás vio la misma escena de su sueño: el ejército enemigo avanzando en dirección a aquellos que habían perdido su inocencia y éstos huyendo despavoridos, mientras que los que la habían conservado luchaban con denuedo para lograr la victoria.

Fue entonces cuando el joven pudo comprender las palabras tan solemnemente pronunciadas por su padre durante la despedida: sólo son verdaderamente valientes y fuertes en la hora de la batalla quienes lucharon por conservar incólume la perla de la inocencia que cada uno de los bautizados atesora en su alma.

Ese es el regalo más valioso que nos pueden hacer los Sagrados Corazones de Jesús y de María. El que reñidamente lucha día a día por defenderlo nada ha de temer, ni en la más ardua de las batallas, ni al enfrentar al enemigo más poderoso. ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. **San Lupo de Sens**, obispo (†c. 623). Obispo de Sens, Francia, fue desterrado de su diócesis por haber afirmado que el pueblo debe obedecer más a Dios que a los gobernantes de esta tierra.

2. **Beato Brocardo**, religioso (†c. 1231). Prior de los eremitas del monte Carmelo, en Palestina, a quienes San Alberto, Patriarca de Jerusalén, le dio la primera Regla de la Orden Carmelita.

3. **San Gregorio Magno**, Papa y doctor de la Iglesia (†604 Roma).

Santos Juan Pak Hu-jae y cinco compañeras, mártires (†1839). Degollados en Seúl, Corea, tras soportar crueles suplicios por ser cristianos.

4. **Santa Rosalía**, virgen (†s. XII). Abandonó aún muy joven la fastuosa vida de la corte y se fue a vivir como ermitaña al monte Pellegrino, cerca de Palermo, Italia.

5. **San Bertino**, abad (†c. 698). Fundó con San Mumolino en Saint-Omer, Francia, el monasterio de Sithieu, del cual fue abad durante cerca de cuarenta años.

6. XXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

Beato Bertrán de Garrigues, presbítero (†c. 1230). Discípulo de Santo Domingo, fue prior del convento de Toulouse y fundó monasterios de su Orden en París, Aviñón y Montpellier.

7. **San Esteban de Chatillon**, obispo (†1208). Monje cartujo elevado a obispo de Die, Francia. Gobernó santamente su diócesis sin abandonar la austeridad de la vida monacal.

8. **La Natividad de la Bienaventurada Virgen María.**

San Pedro de Chavanon, presbítero (†c. 1080). Fundó en Pébrac, Francia, un monasterio de canónigos regulares.

9. **San Pedro Claver**, presbítero (†1654 Cartagena - Colombia).

Beato Jorge Douglas, presbítero y mártir (†1587). Sacerdote escocés condenado a muerte en York, durante el reinado de Isabel I.

10. **San Nicolás de Tolentino**, presbítero (†1305). Religioso de la Orden de los Ermitaños de San Agustín, predicó la reforma de las costumbres en Tolentino, Italia.

11. **San Pafnucio**, obispo (†s. IV). Obispo egipcio, torturado durante las persecuciones de Galerio Maximiano. Defendió la divinidad de Jesucristo contra el arrianismo, en el Concilio de Nicea.

12. **El Dulce Nombre de María.**

Beata María Luisa Proserpi, abadesa (†1847). Religiosa benedictina de Trevi, Italia, a la cual el Señor le concedió dones místicos

extraordinarios, pero sin ahorrarle largas y dolorosas pruebas.

13. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia (†407 Comana - Turquía).

Beata María de Jesús López de Rivas, virgen (†1640). Discípula de Santa Teresa de Ávila y priora del Carmelo de Toledo. Recibió tanto en el cuerpo como en el alma la comunicación de los dolores de la Pasión de Nuestro Señor.

14. **La Exaltación de la Santa Cruz.**

Santa Notburga, virgen (†1313). Humilde empleada de hogar en la aldea de Eben, Austria, sirvió a Cristo en los pobres, dando a todos un admirable ejemplo de santidad.

15. **Nuestra Señora de los Dolores.**

Beato Camilo Costanzo, presbítero y mártir (†1622). Jesuita italiano quemado vivo durante la persecución en Japón. Incluso en la hoguera, no cesó de predicar la fe en Cristo.

16. **Santos Cornelio**, Papa (†252 Civitavecchia), y **Cipriano**, obispo (†258 Cartago), mártires.

San Martín de Hinojosa, obispo (†1213). Abad del monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, España, fue ordenado obispo de Sigüenza, donde se esforzó por reformar el clero.

17. **San Roberto Belarmino**, obispo y doctor de la Iglesia (†1621 Roma).

San Lamberto, obispo y mártir (†c. 705). Obispo de Maastricht, Bélgica, en un período de turbulencias políticas, fue exiliado y vivió siete años como simple monje.

18. **Santa Ricarda**, emperatriz (†c. 895). Tras enviudar, ingresó



Santa Ricarda de Andlau
Abadía de Santa Ricarda,
Andlau (Francia)

Francisco Lecaros

en la abadía de Andlau, Alemania, donde pasó el resto de sus días en oración y obras de caridad.

19. San Jenaro, obispo y mártir (†s. IV Pozzuoli - Italia).

San Teodoro, obispo (†690). Tenía casi 70 años cuando el Papa San Vitaliano lo nombró obispo de Canterbury, Inglaterra.

20. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Andrés Kim Taegon, presbítero, **Pablo Chong Hasang** y **compañeros**, mártires (†1839-1866 Corea).

Beato Tomás Johnson, presbítero y mártir (†1537). Religioso de la Cartuja de Londres. Murió de hambre y enfermedad en la prisión donde fue arrojado a causa de su fidelidad a la Iglesia.

21. San Mateo, apóstol y evangelista.

San Jonás, profeta. Enviado por Dios a predicar en Nínive. Su expulsión del vientre de una ballena, narrada en la Sagrada Escritura, prefigura la Resurrección del Señor.

22. Beato Vicente Sicluna Hernández, presbítero y mártir (†1936).

Celoso sacerdote del municipio valenciano de Navarrés, que no quiso abandonar a los fieles durante las persecuciones de la guerra civil española.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero (†1968 San Giovanni Rotondo - Italia).

San Lino, Papa y mártir (†s. I). Segundo Papa de la Historia. Conforme el relato de San Ireneo, fueron San Pedro y San Pablo quienes le confiaron el cuidado pastoral de la Iglesia. El Apóstol lo menciona en la segunda epístola a Timoteo (cf. 2 Tim 4, 21).



Francisco Lecaros

Santos Cosme y Damián - Iglesia del Carmen, Corella (España)

24. Nuestra Señora de la Merced.

Beato Antonio Martín Slomsek, obispo (†1862). Educador, catequista y escritor, cuidó con empeño de las instituciones eclesíásticas y de la vida cristiana de las familias, trabajando por la unidad de la Iglesia en Eslovenia.

25. Beato Marcos Criado, presbítero y mártir (†1569). Religioso trinitario español, lapidado por los moriscos en la sierra de las Alpujarras, España.

26. Santos Cosme y Damián, mártires (†c. s. III Cirio - Siria).

Beata Lucía de Caltagirone, virgen (†1400). Religiosa de la Tercera Orden Regular Franciscana, insigne por su fidelidad a la Regla y su devoción a las cinco llagas de Cristo.

27. XXVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Vicente de Paúl, presbítero (†1660 París).

Beato Juan Bautista Labrier du Vivier, diácono y mártir (†1794). Durante la Revolución francesa fue condenado a cruel

cautividad, en Rochefort, donde murió de una grave enfermedad.

28. San Wenceslao, mártir (†929/935 Stara Boleslav - República Checa).

San Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires (†1633-1637 Nagasaki - Japón).

Beata Amalia Abad Casasempere, mártir (†1936). Madre de familia, conocida por su religiosidad, fue presa y asesinada por milicianos en Benillup, España.

29. Santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

San Mauricio, abad (†1191). Por humildad, renunció al cargo de superior en el monasterio cisterciense de Langonnet, Francia. Poco después fue elegido abad de Carnoët.

30. San Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia (†420 Belén - Palestina).

San Simón, monje (†1082). Siendo conde de Crépy, Francia, renunció a la patria, al matrimonio y a las riquezas para llevar vida eremítica en el macizo del Jura.

El sol desea resplandecer en nosotros

Basta una pequeña brecha para que el astro rey esparza sus rayos en medio de la oscuridad. Ahora bien, ¿cuántas veces edificamos muros que impiden que esa luz penetre en el interior de los ambientes, de los edificios e incluso de nuestras propias almas?



María Gómez Carayol

Imaginemos una imponente fortaleza que tiene el siguiente privilegio: convivir con un bellissimo amanecer. Todos los días, sin excepción, mientras tiñe silenciosamente el cielo con los fulgores de la aurora, el sol hace que sus primeros rayos incidan sobre la muralla de la edificación, revistiéndola de una luz dorada que la decora con una hermosura desconocida.

Al despuntar en el horizonte, el astro rey difunde con tanta fuerza la luz sobre ese palacio que llega hasta su interior. Su fulgor no sólo ha alcanzado las piedras brutas de sus muros, sino también las salas y

los habitantes del castillo. Pero esa penetrante generosidad no lo hace ser indiscreto, pues tal luminosidad únicamente recae sobre lo que está abierto a recibir sus beneficios.

Ahora bien, no todos los castillos están dispuestos a franquear puertas y ventanas para que el sol reine en su interior... A menudo se construyen barreras a fin de impedir tan benéfica influencia. Aunque ni en esos casos el astro rey deja de ejercer su majestuosa acción sobre las paredes del edificio: le basta una pequeña brecha para lograr que su luz se apodere de los ambientes donde antes había oscuridad.

Al llegar la noche el sol ya no está presente en el firmamento. Un viento frío sopla sin piedad contra la fortaleza. No obstante, las piedras de la muralla notan en sí algo de peculiar... Una característica que no es propia de ellas se hace sentir en ese momento: el calor. Es decir, incluso impedida de iluminar al castillo, la luz solar no deja de calentarlo.

¡Cuánta delicadeza por parte del príncipe de las estrellas! Podría haber derretido las piedras con su fuego e inundado la fortaleza con su fulgor. Sin embargo, prefiere la modestia de calentarlo discretamente, haciendo que en las horas de las tinieblas las



Francisco Lecaros



Gustavo Krell



Leandro Souza

Arriba, murallas de Ávila (España); abajo, interior de la iglesia de San Benedetto in Piscinula, Roma, y vista exterior de la Casa Turris Eburnea, Caieiras (Brasil)

pedras tengan nostalgia de su maravillosa acción. Así, las invita a que, cuando los primeros albos del nacimiento del sol empiecen a sentirse, derrumben las barreras que groseramente bloqueaban la luz.

Apliquemos esta metáfora a nuestra vida espiritual:

¿No es verdad que, con frecuencia, edificamos en nuestras almas muros

que las aíslan de la gracia, de la acción de Dios y de María? Sí, no es raro que construyamos barreras no de piedra, sino de banalidades, caprichos, faltas y apegos. E, infelizmente, tales obstáculos impiden que lo sobrenatural penetre en nuestro interior y la obra divina se lleve a cabo.

Cuando la contrición y la nostalgia sean despertadas en nosotros

por la suave e insistente invitación de Dios, no perdamos tiempo en romper el yugo que nos somete a la tiranía del demonio, del mundo y de la carne. Abracemos de corazón generoso y agradecido los muchos dones que la Providencia nos ofrece, para que lo más íntimo de nuestras almas pueda ser un palacio de la luz y del esplendor del Altísimo. ✧

Escudo y espada de la Santa Iglesia

San Miguel comandó la lucha contra los demonios en el «proclium magnum» y los precipitó en el Infierno. Este arcángel es, además, el jefe de los ángeles de la guarda de las personas y de las instituciones y, él mismo, el ángel de la guarda de la institución por excelencia: la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

En él, por tanto, se concatenan dos misiones. Dios quiso servirse del príncipe de la milicia celestial como escudo contra el demonio e igualmente quiere que sea el escudo de los hombres y de la Santa Iglesia. Sin embargo, el arcángel también es espada: no se limita a defender, sino que derrota y precipita en el Infierno. Esa es la doble misión de San Miguel.

En la Edad Media era considerado el primero de los caballeros, el caballero celestial, leal, fuerte, puro y victorioso, como debe ser el caballero que pone toda su confianza en Dios y en la Virgen.

He aquí la figura admirable de San Miguel, a quien debemos considerar aliado nuestro en las luchas en defensa de la Iglesia Católica.

Plínio Corrêa de Oliveira

